

Y cuya vida amargué...
¡Porque tal mi sino fué...
Porque Dios lo quiso así!

Madre, de cuyo cariño
Tan pocos años gocé,
De quien me apartaron niño,
Y á quien, indócil lampiño,
Yo obcecado abandoné :

¡Con cuánto afán busco ahora
Cuanto dejaste tras tí!
¡Con cuánta fe mi alma adora
Cuanto imagino, señora,
Que guarda algo tuyo aquí!

De estas llaves y aldabones
De ventanas y portones
Se aseguraron tus manos,
Y sobre estos escalones
Tus piececitos enanos.

Bajo este envigado techo
Sonó aquella voz tan suave
Que salía de tu pecho :
Que Dios para tí había hecho,
Como el canto para el ave.

En este rincón tenías
Tu lecho casto y modesto :
Y aquí ante la luz ponías
El espejo en que veías
Tu faz, y tocado honesto.

Por estas calles pasaste,
Por estas eras corríste,
En esta iglesia rezaste...
¡Madre, por qué no me ahogaste
Cuando la vida me diste !

Es una tarde parda ; centellea
El sol entre los cárdenos celajes
De un aplomado nubarrón que ondea
Ante él, cuyos flotantes cortinajes
Entoldan su fulgor ; amarillea
Desgarrándole el sol por mil parajes
Con mil rayos de luz de cuando en cuando,
Mas el nublado ante él se va cuajando.

Penetran en las naves, por los huecos
De sus ogivos dobles agimeces,
Los relámpagos vagos y los secos
Truenos, roncós aun : siéntese á veces
De las hondas capillas á los ecos
Ir por las insondables lobregueces
El trueno á repetir que afuera zumba
De rincón en rincón, de tumba en tumba.

A la luz temerosa y fugitiva
Del rápido relámpago brillante,
Los arquitraves en que el templo estriba
Vacilan desquiciados un instante.
Toda imágen de altar salta de él viva :
No hay busto que no marche ó se levante,
Pareciendo en rededor por un momento
Toda inmovilidad en movimiento.

Parece la calada crestería
De los arcos y nichos ogivales
Ondulante y flexible encajería :
Las verjas y barreados barandales
Lanzas de militar caballería :
Que avanza en escuadrones desiguales :
Y los tubos del órgano salientes
Crestas de grifos, colas de serpientes.

Tórnense á su fulgor los rosetones,
Ojos de leviatán que parpadean :
La labor de hojarasca y canelones,
Reptiles que en los muros culebrean :
Las capillas profundas, panteones
Donde libres los muertos se pasean :
Las ventanas de vidrios losangeados,
Hornos de salamandras atestados.

Al lejano rumor de un ronco trueno,
Miles de voces de invisibles bocas
Pueblan del aire el impalpable seno,
Incoherentes, gárrulas y locas.

Allí resuena un ¡ay! de angustia lleno,
Allá muge un torrente entre las rocas,
Allá el crujido del incendio estalla,
Allá rompe el clamor de una batalla.

Gime allí un moribundo que se queja,
Allá rechina un cable que se amarra ;
Una ráfaga silba en una reja,
Una tela se rasga en una barra,
Canta en una cornisa una corneja...
Y el ruido del turbión que se desgarrá,
En los huecos del órgano gorgéa,
Bufa, muge, relincha y cacaréa.

Del trueno al son y al resplandor del cielo
Nada queda sin voz ni yace inerte.
¡Un relámpago!... y pueblan aire y suelo
Móviles bultos mil — ¡un trueno!... y vierte
Su voz en él mil ecos de odio, anhelo,
Triunfo, terror, placer, victoria ó muerte,
Pasan... y pasa cuanto suena y gira,
La calma torna y el rumor espira.

¡Cuán poético es Dios! ¡qué poderosa
La fe del creador catolicismo,
Que de grandeza artística rebosa
Al enunciar el pobre cristianismo,
Con esa sencillez maravillosa
De quien trae su poder consigo mismo !
¡Cómo atrae, cómo exalta el alma mía,
Oh santa catedral, tu poesía!

J. ZORRILLA.

La Gratitude.

La gratitud es una de las prendas que mas adornan al hombre.

Consiste la gratitud en recordar con gusto el beneficio que hayamos recibido, estando siempre dispuestos á sacrificarnos por el que nos hizo bien.

Todo aquel que no tiene esta disposición de ánimo, es un ingrato; y si llega á acordarse de su bienhechor, es únicamente para mirarle con disgusto.

Dadme un hombre agradecido y no un ingrato. Con el primero podreis obtener de él cuanto bueno os propongais; con el segundo ni aun le podreis hablar, porque no os escuchará.

La gratitud es un estímulo para que hagamos todo el bien posible á nuestros semejantes.

Por el contrario, la ingratitud hace que el hombre benéfico no pueda ejercer uno de sus mas bellos sentimientos, la caridad.

La ley natural nos manda que hagamos bien á los demás hombres; pero á su vez obliga á estos á ser agradecidos, reconociendo la mano bienhechora que los protege.

La conciencia, ese juez que nos acompaña durante nuestra vida, nos lo dice así en su lengua secreta y misteriosa.

Desde que Jesus vino al mundo predicando la religion divina, nos enseñó él mismo la caridad como uno de sus santos principios. Pero tambien depositó en el corazón de los mortales ese sentimiento tan natural en el hombre; la gratitud.

Quiso que con lo principal que habiamos de pagar su inmenso sacrificio, fuera con el agradecimiento, porque siempre reconocidos á su infinita misericordia, no daríamos motivos para ofenderle.

¿Quién que haya recibido algun favor de un hombre, y no le olvide, ha de procurar hacerle mal, sin faltar á todos sus deberes?

Nunca obliga la gratitud á exigir mas de aquello que se debe para ofender nuestro decoro ó alguna otra cosa de nuestra condición.

Tampoco debe el hombre echar en rostro á sus semejantes los favores que les haya hecho, á menos que estos sean demasiado ingratos.

Cervantes dijo: ¡Venturoso aquel á quien el cielo da un pedazo de pan, sin que le quede la obligacion de agradecerse á otro que al mismo cielo!

Muchos hay en el mundo que reciben un favor cuando están necesitados; y si un dia llegan á engrandecerse, se olvidan por completo de sus pasados infortunios, y de quien los sacó de sus necesidades.

Pero á estos se les puede decir con Florens, que la arrogancia es no pocas veces el disfraz de la baja.

Fiate siempre mas de los que te necesitan que de aquellos á quienes has hecho favores.

El mas negro borron que puede un hombre echar sobre su frente es la ingratitud.

Todo aquel que es desagradecido no puede ser buen hijo, buen padre, ni buen amigo.

Se puede perdonar á los envidiosos y compadecerlos; pero jamás á los ingratos. No encuentren castigo bastante para ellos.

Hay muchos que no hallando en la vida la realizacion de sus sueños, están prontos á dejarla como una mo-

lesta carga el dia en que ven marchitadas sus esperanzas.

Los que obran así olvidan los favores dispensados por la Providencia, y rebelándose contra Dios, le pagan con la mas torpe ingratitud.

Pero el remordimiento, que es lo que mas anonada al hombre, no los deja vivir en paz.

Los animales enseñan en esto, como en otras cosas al hombre, por mas que este permanezca insensible á sus lecciones.

Cuéntase que en un espectáculo celebrado en Roma, y al cual asistia Apio, se hizo combatir con las fieras á los acusados de algun delito.

Entre las mas terribles de aquellas, distinguíase un leon, cuyo enorme tamaño, espantosos rugidos, encrespada melena, y los ojos echando fuego, inspiraban horror.

Paróse el leon delante de un infeliz que habia sido destinado para ser su víctima; pero despojándose aquel repentinamente de su natural fiereza, se le acercó con cierto aire de dulzura, moviendo la cola y lamiéndole cariñosamente las manos y los piés.

El delincuente, respetado y acariciado de aquella manera por el leon, volvió poco á poco de su terror y espanto. Alentóse, miró atentamente al animal, reconociéndolo, y le halagaba manifestándole los transportes de su alegría, á los cuales correspondia el leon demostrando los suyos en la forma que le era mas posible.

Causó tal sorpresa aquello, que todos los concurrentes al circo prorumpieron en estrepitosos aplausos.

El emperador, maravillado tambien, llamó al hombre perdonado por el leon, y le preguntó de qué encanto se habia valido para desarmarlo de su natural fiereza.

— Yo soy, dijo, un esclavo llamado Androclo. Cuando mi amo era procónsul de Africa, viendo que me trataba con el mayor rigor, determiné escaparme. Como todo el pais le conocia, me fué preciso penetrar, para librarme de su persecucion, en los desiertos de la Libia, resuelto á perecer antes que volver á su casa.

Un dia, cuando el sol abrasaba mas las arenas del desierto con sus rayos de fuego, ví una gruta donde entré para resguardarme del calor.

Apenas estuve en ella, cuando llegó ese mismo leon que habeis admirado ahora dando los mas lastimosos rugidos. Aquella gruta era su habitacion.

Temeroso, me retiré á lo mas oscuro, aguardando el último instante de mi vida. Pronto me descubrió, dirigiéndose adonde me encontraba, no con amenazas, sino implorando socorro y levantando su mano herida para enseñármela.

Tenia en ella una espina muy grande, la cual le saqué en seguida, animándome la paciencia con que el animal sufría la operacion. Apreté las carnes para que saliese la materia; enjugué la llaga, y la limpié lo mejor que pude, poniéndola en estado de cicatrizar.

Aliviado el leon, se echó, dejando su mano entre las mias y se durmió. Desde aquel dia viví con él tres años en la misma gruta, comiendo de sus mismos alimentos. Iba á caza, y por lo regular me llevaba una parte de las reses que habia muerto.

Cansado ya de aquella vida salvaje, una mañana, mientras el leon estaba de caza, me marché de la gruta. Apenas habia andado tres jornadas cuando me encontraron unos soldados, que habiéndome conocido me prendieron y desde Africa me trajeron á Roma para entregarme á mi amo.

Condenado á muerte por este, esperaba ser devorado por las fieras sobre la arena del circo. Comprendo que cogieron al leon poco despues que yo me separé de él, y habiendo vuelto á encontrarnos, me ha perdonado la vida, pagando así la útil y caritativa operacion con que curé su mal.

Apenas acabara el esclavo de contar al emperador lo sucedido entre él y el leon, cuando toda la asamblea, enterada de tan admirable suceso, pidió que fuese perdonado Androclo, á lo cual accedió el emperador.

Cuéntase tambien que despues se vió pasear muchas veces al hombre y al leon por las calles públicas de Roma, y que las gentes, cubriendo al animal de flores, decian:

— Este es el leon que hospedó á un hombre, recibiendo entonces de él un beneficio y viviéndole siempre agradecido, como lo ha demostrado sobre la arena del circo.

¿Veis, pues, como hasta los animales dan lecciones al hombre?

¿Por qué este, dotado de razon y entendimiento, no aprovecha esas lecciones?

Se dirá que es una fábula el episodio que acabo de contar; pero es lo cierto que cuando los hombres, caso de serlo, la inventaron, fué porque estaba ya impresa en su mente la idea de la gratitud.

¿Qué puede envidiar un hombre que haga un grande favor á otro? ¿Puede envidiar al guerrero, al conquistador, ó á todo aquel que adquiere fama y poderío?

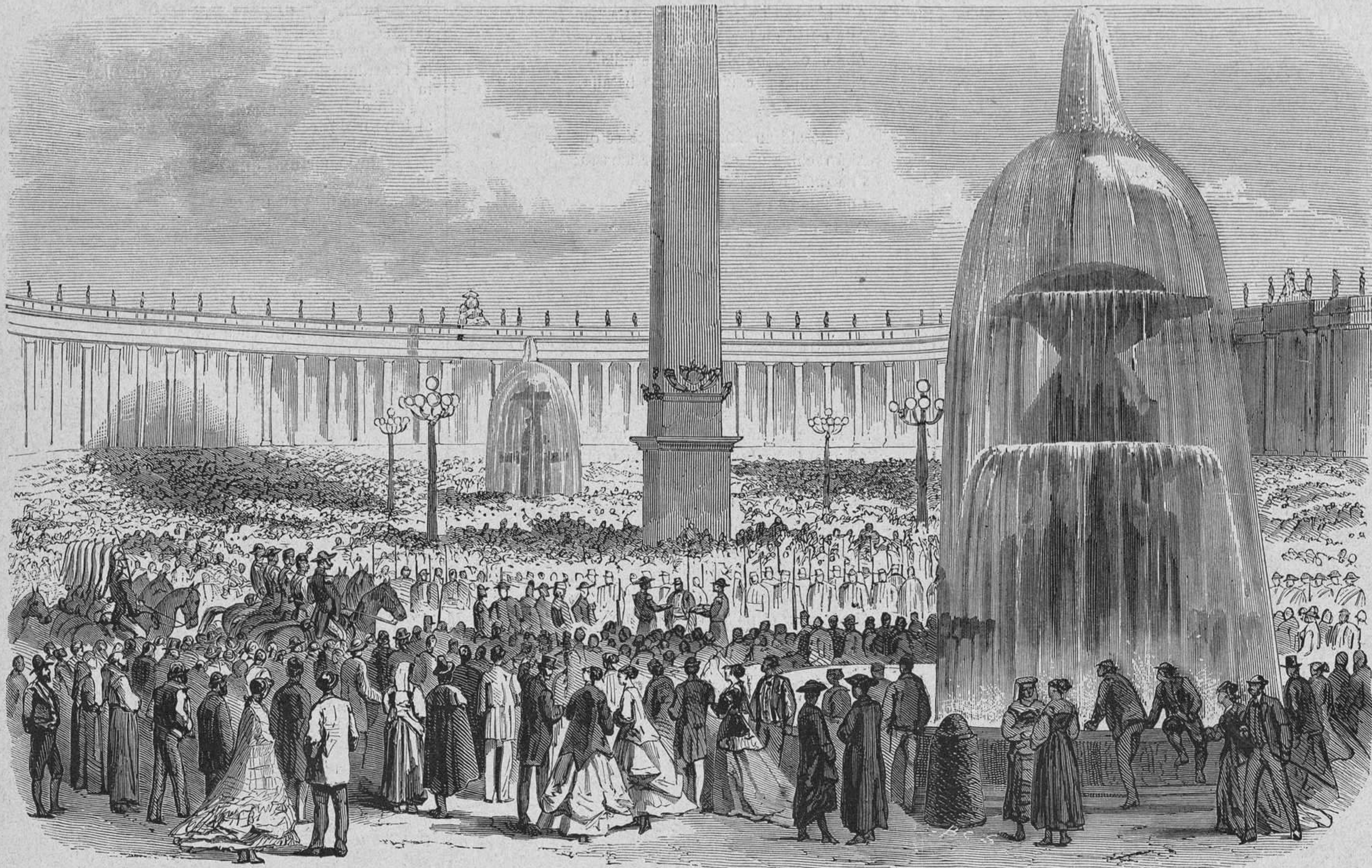
No por cierto. Mas llenarán su alma de satisfaccion las bendiciones que le dirija el que le vive agradecido, que toda la gloria y majestad del mundo.

¡Es tan bella la gratitud!

Yo por mí sé decir que esta palabra cuando la pronuncio, desciende como un ángel del Señor sobre mi pecho.

¡Dichoso el hombre agradecido! ¡Infeliz del que es ingrato!

FAUSTO LOPEZ VELA.



ROMA. — Distribucion de recompensas á las tropas pontificias en la plaza del Vaticano.

Distribucion de recompensas en Roma.

Nuestra correspondencia de Roma nos ha traido esta vez una escena interesante, cuya representacion verán

nuestros lectores. Esta escena es la distribucion de recompensas hecha á los soldados del ejército pontificio el 23 de diciembre próximo pasado. Las tropas en número de 4,000 hombres, habian formado en la plaza de

San Pedro, bajo el mando del general Kauzler. Una numerosa muchedumbre presenciaba esta fiesta militar, á la que asistia tambien el Padre Santo desde uno de los balcones del Vaticano. A. M.



Teatro de la Puerta de San Martin. — Revista de 1867, acto III, escena II.

Blanca.

Recuerdos de un sucedido

I.

Era miércoles, y llovía de lado.

Yo no tenía un cuarto, ni en el bolsillo, ni dónde vivir.

¡Bonita posición la mía! ¿No es verdad?

Como era natural, aunque no lo era, me hallaba en la calle.

Era una calle estrecha, con casas á derecha é izquierda (él cree que puede suprimir la descripción.)

Me metí en un portal, y levanté los ojos al cielo esperando con ansia el momento de la terminación de la lluvia.

Pero mis ojos tropezaron en un balcon, y creí que había tropezado con la mismísima bóveda celeste.

Sí, lector, ó lectora, porque en aquel balcon estaba ella.

Olvíde mis sufrimientos, y la dirigí una mirada muy *comme il faut*.

¡Si tú la hubieras conocido!

Llevaba un traje blanco, y ceñido de tal manera, que dejaba adivinar sus voluptuosas formas.

Sus ojos eran garzos, su cabellera abundante y rizada, sus dientes blancos y diminutos, hasta sus orejas eran encantadoras.

La hice varias señas de inteligencia, que comprendió al momento, pues abrió lentamente su preciosa boca, y me dedicó una sonrisa por *todo lo alto*.

Digo por todo lo alto, porque mi Vénus vivía en un cuarto cuarto, vulgo sotabanco.

La lluvia arreciaba por momentos, y ella, nada, impertérrita, inmóvil, *aguardacantonada*, si se me permite la frase.



El invierno en Paris. — Aspecto del hielo en la fuente de San Miguel. — (Véase la Revista de Paris).

Aquella era una prueba, eran dos, mil, era... lo que se verá en el capítulo siguiente.

II.

En aquellos sublimes momentos, en que no pasaba nadie por la calle, cruzó junto á mí una mujer. Esto no tiene nada de particular. Que las mujeres pasen próximas á los hombres, no

aquellos momentos arreciaba, y me dijo con tono solemne:

— ¡Se llama Blanca!
Y echó á correr como alma que lleva el diablo.
— ¡Se llama Blanca! exclamé yo en el colmo de la dicha.

Y eché á correr también.
Al doblar la esquina, le dirigí una mirada de la mas sublime de mi repertorio, y... lancé un grito de horror.

es cosa del otro juéves.
De estas aproximaciones se están viendo todos los días y todas las noches.

Pero aquella mujer no era como todas las demás.

No vayas á creer por esto que era un fenómeno.

Vestia *percal*, y tenía *buen ver*.

Al pasar cerca de mí dirigí una mirada al balcon y la saludó.

Si la saludó, la conocía: acaso poseía toda su confianza.

Excuso decirte que me lancé sobre ella, políticamente por supuesto.

— ¿Cómo se llama? le dije.

— ¿Quién? me respondió.

— ¡Ella! repuse.

— ¿Y quién es ella?

Extendí mi brazo en dirección de mi tormento.

Mi interlocutora se quedó parada, y al cabo de un segundo de pausa, que me pareció un año, me contestó mirándome de hito en hito.

— ¿Y á Vd. qué le importa?

— ¡Que qué me importa! respondí en el colmo de la desesperación.

— Sí.

— ¡Necesito saber cómo se llama! grité con voz de sorchante.

La pobre mujer se atemorizó sin duda, ó quiso librarse de mí y de la lluvia que en

aqueellos momentos arreciaba, y me dijo con tono solemne:

— ¡Se llama Blanca!
Y echó á correr como alma que lleva el diablo.

— ¡Se llama Blanca! exclamé yo en el colmo de la dicha.

Y eché á correr también.
Al doblar la esquina, le dirigí una mirada de la mas sublime de mi repertorio, y... lancé un grito de horror.



El invierno en Paris. — Aspecto del Sena entre el puente de las Artes y el de los Santos Padres.

Blanca se acababa de *quitar* del balcon. Sobre mis costillas habia caido el agua de una canal.

III.

Excuso decirte que aquella noche soñé con ella. Esto es de rigor.

Al día siguiente me planté en la calle, apenas se quitó el señor Fébo las legañas.

Y ¡oh dicha! ¡oh placer! ¡ó *gioja!* como hubiera dicho el Dante.

Blanca estaba en la calle, en la puerta de su casa. Hice como que buscaba unos guantes y me acerqué á ella.

Y tropecé dos veces antes de llegar.

Y se me trabó la lengua.

Y lo que es mas *gordo*, ¡la robé!

Sí, la robé, como quien roba un panecillo ó una fotografía del Gordito.

Llegamos á casa de un amigo (ya he dicho que yo no la tenia) sin novedad.

Y una vez allí, allí una vez, ¡oh! el paraíso me pareció comparado con la casa de mi amigo; un jardinillo de la plaza de Oriente.

IV.

¡Qué quince días tan *magnos!*—Qué quince días tan bellos, — tan sublimes, tan divinos, — tan dulces, tan hechiceros, — pasé á su lado, admirando — la morbidez de su cuello, — la pequeñez de su pié, — la elegancia de su cuerpo, — y los mil y mil encantos, — que poseia mi dueño. — ¡Ay! pero á los quince días, — una mañana, despues de tomar chocolate, se me fugó de casa.

V.

Pedí una palangana á mi amigo para no manchar la estera con mis lágrimas, y lloré, no sé cuántas horas.

No las pude contar, porque tampoco tenia reloj.

Siento, querido lector, que te quedes con esta duda.

¡Dos meses se pasaron sin verla!

Enflaquecí horriblemente, y me dejé la barba por economía.

Una mañana (mártres era tambien) pasé por su calle para contemplar ¡triste consuelo! la mansion donde moraba.

Pero al llegar á la casa de mi *tormento* lancé un grito de horror, y me desmayé sobre un mozo de cuerda.

Al volver en mí, mis ojos se extraviaron ante el espectáculo que se ofrecia á mi vista.

Blanca, mi adorada Blanca, yacia en medio de la calle, pálida, inmóvil, muerta.

Pregunté á los vecinos, y me dijeron que la noche anterior le habian dado *estrignina* los municipales.

Creo habrás comprendido ya que Blanca ¡era una perra!

CONSTANTINO GIL.

Revista de Paris.

La temperatura se ha suavizado considerablemente estos últimos días, y Paris vuelve á tomar poco á poco su aspecto de costumbre. La nieve desaparece de las calles despues de haberlas tenido cuarenta y ocho horas convertidas en negros charcos, y los parisienses se felicitan de un cambio que les permite salir de casa sin los atavíos que caracterizan á los habitantes de Rusia. No por esto se han concluido las fiestas de los patinadores, ni el Sena muestra todavia su corriente, ni ciertas fuentes públicas, como la de San Miguel, cuyo curioso aspecto representamos en uno de los grabados de este número, se han desembarazado de sus heladas estalactáticas á la hora en que escribimos; el termómetro tiene aun que subir algo mas para que los lagos, el río y los pilones de las fuentes vuelvan á ostentar sus aguas mas ó menos cristalinas. La afluencia de gente en el bosque de Boulogne es tan grande ó mayor que en los días de los frios excesivos; todas las avenidas están llenas de elegantes carruajes, en tanto que por los paseos de la gente de á pié, una compacta muchedumbre se dirige á los lagos.

Varios son los sitios predilectos de los patinadores; pero el principal de todos ellos es el que se llama Chalet de las Islas, donde el número de patinadores es tan considerable, que ofrecen el espectáculo mas divertido. Con efecto, cuando uno de ellos da un resbalon, arrastra irremisiblemente en su caída á unos cuantos vecinos. Los espectadores que guardan las orillas del lago, celebran estrepitosamente estas averías, que hasta ahora, por fortuna, no han ocasionado mas que contusiones leves.

Luego entre los grupos suelen deslizarse algunos de esos caballeros de industria de baja esfera que naturalmente

acuden allí á hacer de las suyas. Háblase entre otros de un jóven vestido con elegancia, que el último domingo, mezclado con los patinadores, lucia su habilidad siguiendo á ciertas personas que previamente elegia como víctimas.

Su modo de proceder era muy sencillo.

Colocándose al lado de la persona, daba de repente un resbalon, y para no caerse, se agarraba al cuerpo de su victima, la cual, temiendo perder el equilibrio, sacaba sus manos de los bolsillos, y esta era la ocasion que esperaba el otro.

— Dispénsame Vd. la libertad que me he tomado, exclamaba muy atento, y desaparecia dirigiéndose á otro grupo.

Sin embargo, una vez fué cogido en el lazo, y se le encontró una coleccion de porta-monedas, sobre cuya posesion tendrá que dar cuenta á la justicia.

A fines de la semana anterior, cuando el suelo estaba alfombrado de nieve, se vieron, entre los carruajes del bosque de Boulogne, varios trineos, la mayor parte de ellos con tiro de dos caballos. Habia algunos lindísimos, de un lujo extraordinario y de una elegancia suma. A esta hora se hallarán ya en la cochera, y por nuestra parte les deseamos allí un descanso de muchos años seguidos.

Todo lo relativo al frio y á los usos y costumbres de las regiones del Norte tiene hoy aquí un interés de circunstancia. Si en Paris no hay hasta el presente noticias de desgracias, en cambio las ha habido en distintos departamentos del imperio, como por ejemplo, en el de los Altos Alpes.

Una familia de labriegos ha quedado sepultada en las nieves del monte de San Bernardo. Unicamente una jóven pudo salvarse, y para eso perdió la razon bajo la montaña de nieve que la cubria como con una mortaja. No hay para qué añadir que esta aventura ha dado margen á que se refieran las proezas de los célebres perros del monte de San Bernardo, que acuden al socorro de los viajeros sorprendidos por la nevada.

Noches pasadas, un intrépido viajero, M. Gustavo Lambert, que continúa las tentativas emprendidas para descubrir la via comercial y marítima del polo Norte, hizo una conferencia en la Sorbona sobre su última expedicion, conferencia á la que asistia un numeroso auditorio.

M. Lambert señaló en un mapa los puntos descubiertos ya por sus ilustres predecesores, y refirió sus aventuras é impresiones personales en sus viajes por los bancos de hielo. Su opinion es que la expedicion principiada á bordo de los buques procedentes de Francia, de Inglaterra ó de los Estados Unidos, tendrá que concluirse en trineos.

Un episodio de esta conferencia excitó la risa de los espectadores, y fué cuando contó M. Lambert cómo se pueden tener huevos frescos en las regiones boreales.

Es de advertir que á proximidad de los bancos de hielo abundan tanto las aves acuáticas, que á veces sus bandadas forman como negros nubarrones, y pueden cogerse con la mano. Ahora bien, muchas de estas aves tienen el grueso de la gallina, los marineros las cogen, les aprietan la parte posterior con las dos manos, y les hacen poner huevos que no se comen mas frescos en una granja de la Normandía. Haciendo abstraccion del episodio, concluiremos diciendo que la conferencia tenia un objeto científico que fué debidamente apreciado por los espectadores de la Sorbona.

En nuestra última revista hemos dado cuenta á nuestros lectores de un proceso escandaloso que se debate actualmente en Paris, y que no está resuelto todavia. En los días que van transcurridos, ha habido en la familia que pleitea una especie de disolucion, á cuya consecuencia la famosa marquesa de Maubreuil ha dejado la Francia y el no menos célebre marqués ha abandonado igualmente el domicilio conyugal y en un mezquino albergue prepara la justificacion de su vida pública. Sabido es ya que el marqués de Maubreuil es hombre de historia, y por lo tanto no dejarán de ofrecer interés sus revelaciones. De todos modos, á mediados del mes se juzgará la causa, y seguidamente nos haremos cargo de todo aquello que sea del dominio de la crónica. No faltarán por cierto los detalles curiosos.

Mientras ese día llega, los hechos judiciales de la semana nos ofrecen materia divertida. Por ejemplo, hé aquí la historia de un corso llamado Pucciarelli, á quien segun confesion propia se puede calificar del primero de los avaros conocidos.

Pucciarelli fué preso porque en los talleres de construccion del Louvre cometió el hurto de una barra de hierro. ¡Una barra de hierro! ¿Quién diria que con rapiñas de esta clase Pucciarelli ha logrado hacerse una fortuna?

Y sin embargo, es la pura verdad, como consta de las declaraciones de los agentes.

Registrando estos su domicilio, hallaron una habitacion (si es que merece este nombre) que apenas tiene dos metros cuadrados, y donde un hombre de mediana estatura no puede estar en pié, sin cama ni mueble alguno, sin otra cosa que un monton de trapos, sobre el cual dormia Pucciarelli.

Hasta aquí, todo ello es digno de lástima; pero espere-mos hasta el fin antes de compadecernos.

El comisario de policia se entregó á minuciosas investigaciones, y en un escondite vino á encontrar los valores siguientes:

Obligaciones otomanas; títulos de renta francesa del 3 y el 4 1/2 por ciento, todas ellas á nombre de Pucciarelli; obligaciones del ferro-carril de Orleans; inscripciones de renta italiana; obligaciones lombardas; certificados de la caja de ahorros; algunos cientos de francos en dinero, y por último cuarenta bonos para las cocinas económicas, y otros bonos para baños calientes y para tabaco de cantina.

Interrogado sobre todos estos valores, Pucciarelli respondió:

«Reconozco que soy un avaro: desde mi infancia me privo de lo necesario y de toda especie de satisfaccion que cueste dinero. Hace diez años que salí del servicio militar y ya entonces poseia una cantidad de 10,000 francos que deposité en el Banco de Francia. Despues me he empleado como jornalero en las obras de Paris, y á fuerza de privaciones lograba ahorrar anualmente casi la totalidad de mi salario. En vez de ir á comer al bodegon iba á los cuarteles y me contentaba con las sobras del rancho.

«En cuanto á la ropa tampoco gastaba mas, y la prueba es que aun llevo encima mi antiguo capote y mi pantalon de cuando era soldado, que conservo á fuerza de remiendos; así he podido colocar mi dinero, que no proviene sino de mis economías, pues jamás he quitado nada á nadie. Las hermanas de Santa Clotilde me han dado los honos para las cocinas económicas, porque me veian ir á misa, y los de tabaco me los dieron los militares: el único fin de toda mi conducta era el de retirarme á vivir de mi renta en Córcega, donde reside mi madre, á quien envié socorros de tiempo en tiempo.»

Esta declaracion no concuerda con los informes que tiene la justicia sobre los antecedentes de Pucciarelli; oigamos lo que dice el comisario de policia que procedió á su arresto:

«Teniendo en cuenta ante todo el interés de su seguridad, me apoderé de la fortuna de este avaro, pues estoy persuadido de que efectivamente la ha adquirido á fuerza de privaciones; pero al mismo tiempo esta circunstancia fortifica la queja que representa á Pucciarelli como un hombre que roba cuantos objetos se hallan al alcance de su mano, solo por avaricia.»

A mayor abundamiento Pucciarelli no tenia repugnancia en comprar á los soldados pan de municion que revendia despues, por supuesto con beneficio: en fin, en su país fué condenado por hurto de manzanas.

Es cuanto puede verse: hacerse ladron por satisfacer su avaricia.

La condena ha sido leve; quince días de encierro, durante los cuales quizás encuentre modo de vender su alimento carcelario.

Dejando ya este teatro de las miserias de la vida real, entraremos en aquellos que se alimentan solo de ficciones.

Sin embargo, la aventura que vamos á referir es muy positiva, y como tal nos la presentan las crónicas periodísticas de la semana.

Dicese pues que el hijo de una de las primeras familias del Brasil (y referimos la anécdota para que la tengan en la memoria los hijos de familia que de todas partes vienen á Paris con el único fin de correr mundo) residente temporalmente en esta capital, se encontró el sábado último en el baile de máscaras de la Opera, con una graciosa mascarita que le sedujo desde luego con su conversacion, y acabó de hechizarle despues cuando consintió en descubrir su bello semblante que ocultaba una careta de terciopelo negro.

Entrando en confidencias, la dama contó al jóven brasileño que era mujer casada, y que habia tenido la locura de aprovechar la ausencia de su marido que se hallaba en provincias viajando por negocios, para ver al menos una vez en su vida un baile de máscaras en el gran teatro de la Opera.

No obstante sus ofertas y sus súplicas, todo lo que el jóven pudo obtener de la bella desconocida, fué el favor de acompañarla hasta su casa, situada en un barrio de la orilla izquierda del Sena, debiendo resignarse á despedirse de ella á la puerta de la calle.

— Siquiera tendrá Vd. la bondad de recibir mi tarjeta, la dijo el jóven.

Y ella aceptó la tarjeta con el nombre y las señas de la casa del brasileño.

Durante dos ó tres días el jóven perdió muchas horas paseándose por delante de la casa en donde vivia la mujer que amaba ó que él creia amar; pero estos paseos no habian producido resultado alguno, y ya desesperaba de volver á ver á su desconocida del baile de la Opera, cuando hé aquí que recibe por el correo un billetito cuyo contenido es el siguiente:

«Le veo á Vd. pasar muy á menudo al frente de mis balcones, y adivino que he inspirado á Vd. un sentimiento del que me es imposible ser partícipe. Venga Vd. pues mañana á las diez de la mañana, y en nuestra entrevista adquirirá Vd. la firme persuasion de que debe Vd. renunciar á verme.»

Supérfluo es añadir que el jóven acudió exactamente á la cita; lo cierto es que apenas habia tomado asiento en el saloncito de la dama, cuando apareció un hombre, aparentemente muy enfurecido, que exclamó diciendo:

— ¿Con que así me engañas?... Seguro de ello estaba... y ese es tú cómplice.

El jóven principió á tartamudear algunas palabras.

— ¡Silencio! prosiguió el airado personaje; pasará usted por lo que yo quiera, ó es Vd. hombre muerto.

— Pero...

— No hay pero que valga, hé aquí mis condiciones: diez mil francos, ó no sale Vd. vivo de este aposento.

Y hablando así, sacó del bolsillo un revolver.

No es lo natural llevar diez mil francos encima, y el jóven brasileño no los llevaba.

El que se suponía un marido ultrajado, despues de mucha charla y muchas amenazas, consintió en recibir á cuenta de lo que pedia, la cantidad de 1,200 francos, fiándose

por lo restante en la palabra del incauto joven brasileño.

El desenlace de la historietta es fácil de adivinar; el joven, en cuanto se vió libre, dió parte de lo ocurrido, mas á pesar de todas las pesquisas practicadas, ha sido imposible hasta hoy dar con el matrimonio que arma á la juventud semejantes lazos.

Nada importante se ha estrenado esta semana última en los teatros de París; pero en cambio se preparan novedades debidas á plumas célebres.

En el Francés se ensaya actualmente la nueva comedia de M. Emilio Augier, que al cabo de varias vicisitudes ha vuelto á este teatro, y será desempeñada por los primeros actores. Aun no conocemos su título, que se reserva cuidadosamente hasta en los ensayos.

Alejandro Dumas, padre, ha concluido una comedia en cuatro actos que debe ejecutarse en el teatro del Principe Eugenio; y Alejandro Dumas hijo está dando la última mano á otra producción que destina al Gimnasio, lugar ordinario de sus triunfos.

Finalmente, Victorien Sardou, el celebrado autor de la *Familia Benoiton*, escribe en la actualidad una comedia para el Vaudeville; pero esta no la veremos sin duda hasta que esté concluido el nuevo edificio adonde debe trasladarse la compañía que hoy trabaja en el teatro de la plaza de la Bolsa.

En los Italianos hemos asistido el martes á la representación de la *Gazza ladra*, que el sábado anterior habia resucitado de sus cenizas. Decididamente, preciso es confesarlo, el gusto del público ha cambiado mucho. La *Gazza ladra* ha sido una de las óperas de Rossini que mas han conmovido y entusiasmado al mundo dilettanti no solo en la época de su aparición, á lo que dicen los contemporáneos, sino durante muchos años despues, segun hemos podido juzgar por nosotros mismos. ¿Qué diferencia con el efecto que produce en el día! El argumento, no obstante su verdad histórica, parece descabellado y absurdo, tanto mas absurdo cuanto mayores son sus pretensiones á lo patético, y en cuanto á la música, apenas el incomparable genio de Rossini consigue que puedan escucharse algunas piezas: en suma, la forma ha envejecido completamente, y no hay poder humano que la rescite.

Y ahora preguntaremos ¿obra cuerda M. Bagier exhumando del polvo de sus archivos semejantes partituras?

Cierto que sí, cuando cuenta con una artista como la Patti, capaz de galvanizar lo que no existe. Nada mas adecuado á sus facultades que este papel de Ninetta. En la parte de canto, Rossini le ha prodigado esas vocalizaciones que la Patti puede arrostrar, siempre segura del triunfo, y en cuanto á las situaciones, están al alcance tambien del talento dramático de la artista. Así su ejecución fué brillante, y rara vez se habrá visto una Ninetta mas seductora, mas patética. Si su comocion no se comunica al público como en *Lucia* ó en la *Somnambul*, es porque la rechaza la ridicula singularidad del argumento. De todos modos, la Patti obtuvo la ovacion de costumbre, y compartieron con ella los aplausos la Grossi en el papel de Pippo, y Gardoni en el de Gianetto.

MARIANO URRABIETA.

Estudios literarios.

ZACARIAS WERNER.

El genio místico y el genio dramático parecen repelerse mutuamente. El drama es todo accion, y el misticismo la destruye. Los hechos reales de la vida se convierten para él en un símbolo y en un velo que oculta las regiones celestes.

El autor dramático necesita pasiones humanas, acontecimientos verosímiles; y el autor místico los rechaza, los desecha, y destruye la realidad: su trono está colocado en medio de las inteligencias, en el regazo de aquella luz divina é increada, fuente de toda vida y esencia.

La tierra, los hombres que la habitan, sus furores, sus odios: estos son los materiales de la escena. Suyo es el mundo positivo, y abandona al misticismo el mundo que no existe ó que todavía no conocemos.

El género lírico, propio para estas aspiraciones del alma hácia la eternidad, que sirven de pábulo al misticismo, no es esencialmente dramático; por medio de una hábil fusion de dos elementos contrarios reunieron los griegos á su drama palpitante de interés el entusiasmo lírico de los coros.

Ejecutaron este portentoso con el buen gusto y la perfecta armonía que los caracterizaban. El coro, eco lírico y religioso de los sentimientos de los interlocutores, resumía las grandes lecciones morales contenidas en la accion de la pieza: seguía á estos choques de pasiones y á estos juegos de la suerte una explicación simbólica despejada en himnos piadosos.

El coro no usurpaba el verdadero interés del drama; su exaltación religiosa, dechado del culto helénico consagrado á la adoración de la forma y de la belleza física, se ceñía á sus justos límites, y no alcanzaba al misticismo verdadero que reduce á la nada la materia y destruye la forma, los seres, la organización y la vida tal cual la conocemos.

Estaba reservado á los siglos modernos y al pueblo mas metafísico de Europa el producir un escritor cuyo ilimitado misticismo invadiese la escena.

Zacarias Werner, contemporáneo de Goethe, de Fichte y de Juan Pablo Richter, ha intentado esta tarea imposible. Destellos de ingenio han surcado su carrera, cuyos resultados incompletos, irregulares é insensatos, pero á veces agigantados en su extraña incoherencia, no son los frutos menos curiosos de nuestra época.

Werner, luchando contra la naturaleza de las cosas, ha tratado de transformar el drama en símbolo; fiel á su sistema en su vida como en sus obras, ha hecho de su existencia una comedia singular en que el misticismo de los pensamientos y el frenesí de las acciones se combinaban, ó mejor, pugnaban de un modo extrañísimo.

Presentado Werner en Coppet á madama de Stael, se adelantó gravemente, embozándose en su capa azul en la que brillaba una cruz roja, y colocándose delante de la autora de *Corina*, con los ademanes de un actor de sainetes, pronunció, en malísimo francés y con voz de trueno estas extrañas palabras:

« Señora, el que tenéis delante es profesor de amor. »

El profesor de amor Werner, con su cinismo y sus vicios, debió á esta miscelánea prodigiosa de verdadero número y de locura incurable una reputación harto extensa, pero poco digna de envidia. ¿Acaso consiste la gloria en hacerse señalar con el dedo, como lo pretendía Horacio?

Digito monstrari et dicier: hic est!

Si se admite esta suposición, Werner es de todos los hombres de su siglo el que ha gozado de la gloria mas cabal y dilatada. Nadie ha conseguido como él que le señalasen con el dedo: en todas partes se le reconocía fácilmente por sus rarezas, su desaliño, su aspecto de inspirado, su traje grotesco, su fisonomía de energúmeno y sus modales dignos de Diógenes, de un faquir indio y de un parroquiano de taberna flamenca.

Añádanse á estas exterioridades tan características sus predicaciones, sus coloquios, su fanatismo histórico, su escepticismo taumatúrgico y sus viajes por Europa: ¿qué personaje mas extraño ha traído en los tiempos modernos la curiosidad, el escarnio y las ávidas miradas de la muchedumbre embobada? Todos los periódicos resonaron con su nombre.

En las fondas de Viena, de Berlín y de Leipsick, el retrato de Werner y la parodia de sus locuras divertían á los estudiantes en sus horas de ocio. En los salones de los eruditos, adonde la estética y el té atraen tantos habladores que no piensan, todos se vanagloriaban de haber conocido al monstruo.

Bien puede creerse que esos frívolos retratos eran poco parecidos, como dibujados que eran por la malicia y la ligereza; pero los amigos de Werner, aquellos que podían estudiarle ó profundizarle, estaban mas embarazados que nadie. Aborrecerle era imposible; disculparle era difícil; todo inclinaba á despreciarle; algunos rasgos extraordinarios les obligaban á amarle.

La depravación de costumbres, de ideas y de genio que caracterizaba toda su conducta, ofrecía un espectáculo repugnante; pero habia sinceridad en sus esfuerzos para llegar á una pureza de la que se alejaba mas por cada día.

Veíase á aquel espíritu sutil, exaltado y atrevido forcejear en medio del conflicto de los tumultuosos pensamientos que están trabajando á la Europa, luchar contra aquel océano agitado por los embates de tantos sistemas opuestos; incapaz de seguir un camino recto y firme, arrebatado por su anhelo tras lo ideal y el deleite sensual, esclavo de un misticismo infinito y de una organización afanada por goces groseros, semicompuestos, si me atrevo á decirlo, de animal y de ángel, surcando por las nubes del misterio y del símbolo, sumergido en el cieno de sus pasiones, eterno ejemplo de la verdad de aquellas hermosas y profundas palabras de Pascal: « No somos ángeles ni brutos; el que pretende pasar por ángel hace el papel de bruto. »

Obsérvanse en Werner, con las modificaciones distintivas de su siglo y de su país, una especie de exageración como la de Juan Jacobo Rousseau. Este elocuente escritor ha confundido muchas veces el deleite de los sentidos con el del alma, y ha exaltado uno y otro á costa de la verdadera sabiduría.

De esta combinación resulta una especie de sensualismo entusiasta, poético, grandioso, pero perjudicial. El filósofo adora á la naturaleza y á la materia como se adora á Dios: hincado delante de sus propios deleites, profundizando sus dolores y pasiones con una sensibilidad y un placer deplorables, transformando la razón en entusiasmo violento, y engañándose á sí mismo para reducir á sistema sus gustos, llega sin saberlo á una especie de egoísmo sensual y ardiente, poco útil á los hombres, origen de males para el individuo incapaz de resignarse á los golpes de la suerte, pidiendo al mundo y á la vida una perfección imaginaria, y degenerando inevitablemente en una misantropía lúgubre, ardiente y dolorosa.

Encuétranse en Rousseau como en Werner nobles sentimientos sin influjo en las acciones reales; un gran deseo de virtud sin constancia, energía ni prudencia, un vuelo rápido hácia la verdad, sin el sosiego indispensable para alcanzar y explicar sus oráculos, un fuego interior que consume mas bien que alumbra.

Se asemeja á un templo donde la llama sagrada, encendida por manos inhábiles, no ha dejado mas que escombros, convirtiéndose todo en caos, destrucción y

asolamiento. El vulgo pasa, contempla aquellas grandes ruinas, y apenas da una lágrima á aquellas altas potencias que por sí mismas se han destruido; objeto de espanto y de compasión para el mundo.

Considerado con respecto al arte, Werner es muy inferior á Rousseau. No se comprendía á sí mismo. Su sistema incoherente carecía de enlace; su sensualismo místico, reproducción grandiosa del quietismo de Molina y de los símbolos de los Templarios, movía á repugnancia. Nada era completo en aquel genio; y ¿cómo hubiera podido ser de otro modo cuando se arrastraba por la tierra y volaba hasta los cielos?

Escéptico y teósofo, audaz y débil, de imaginación desenfrenada y de razón flaca, inspirado como la pitonisa que embriagan y hacen desbarrar los vapores de su trípode, quiso hermanar con monstruoso enlace lo mas material de la tierra, lo mas activo de las pasiones humanas, y lo mas etéreo de la poesía infinita.

Ascético y voluptuoso, adoptando la bárbara incoherencia de tan heterogénea miscelánea, se dejaba avasallar por una inteligencia violenta, compleja y extraña, en vez de dominarla y regirla. Lleno de conciencia, pero tambien de delirio, fuerza es perdonar mucho á la ingenuidad de un loco sublime, á veces ridículo, y obrando siempre de buena fe.

La vida íntima de Werner ofrecería un estudio curioso de psicología. Solo él hubiera podido hacerlo, y por falta de reflexión, de concentración y de juicio, nunca hubiera ejecutado esta tarea para la cual solo él poseía los materiales. Jamás aquella alma turbulenta hubiera tenido valor para contemplarse y analizarse.

En cuanto á su vida exterior y activa, entretendida de errores, contradicciones y locuras, se presenta al observador como una mole heterogénea y un logogrifo sin explicación.

Federico Luis Zacarias Werner nació en Königsberg el 18 de noviembre de 1768. Su padre era profesor de elocuencia y de filosofía en la universidad de aquella ciudad, donde ejercía tambien el cargo de censor dramático, lo que facilitó á su hijo ocasiones de frecuentar el teatro, cuyas puertas le estaban abiertas; desde aquella época se manifestó su afición á las representaciones, pues árduo sería explicar de otro modo la inclinación de este escritor á un arte de que le desviaba absolutamente su genio y las facultades de su entendimiento.

Ese pobre catedrático y censor, recomendado á la posteridad únicamente por el título de padre de Werner, falleció catorce años despues del nacimiento de su hijo. Quedó el joven en poder de su madre, que le amaba tiernamente, pero que ejerció una aciaga influencia sobre la vida del poeta.

Mujer histérica, profundamente convencida de la misión celeste que Dios le habia impuesto, no dudaba que Zacarias Werner fuese el Shiloé prometido por la Sagrada Escritura.

Nerviosa, melancólica é hipocóndrica, comunicó estos gérmenes de locura supersticiosa al hijo que habia llevado en sus entrañas. Nada ejerce tanto influjo en nuestra vida como estas primeras impresiones que se descuidan; en aquella tierna edad, se forman á voluntad de las madres y nodrizas los primeros lineamientos del carácter, y como lo ha observado Juan Jacobo Rousseau, nuestra vida moral empieza en aquella época indiferente.

Bajo el mismo techo, pero en diferentes pisos de la casa, vivían dos niños llamados Werner y Hoffmann: criados y educados entrambos por dos madres desgraciadas, cuya sensibilidad nerviosa los arrastraba á la locura, llevaron los dos en el mundo el indeleble sello de su educación.

Sus ideas se depravaron en la juventud, sus cerebros se exaltaron, y ningún hábito de orden y de atención los protegió contra los azares de su porvenir. Una especie de embriaguez fantástica les fué inoculada en la infancia, la mamaron con la leche, y ni su ingenio ni sus triunfos lograron curarlos.

Siguióse á esta miserable infancia una juventud relajada é incoherente. Werner se destinaba á la jurisprudencia, pero sus estudios fueron irregulares; mudando anualmente de residencia y arrastrado por el bullicio de las ciudades populosas que habitaba, alternativamente domiciliado y empeñado en Berlín y Varsovia, á los treinta y tres años habia repudiado dos mujeres por medio del divorcio legal, y pretendía una tercera.

Su reputación estaba perdida, su salud arruinada, su educación incompleta. Sus acreedores le acosaban, y antes de haber alcanzado la mitad de su vida, sobrevivía ya á sus esperanzas y contemplaba sus propias ruinas.

Terrible situación es esta, que fué comun á Rousseau, á Byron y á la mayor parte de los misántropos famosos. Un entusiasmo vago y secreto les alienta todavía en medio de sus remordimientos y decadencia. Despues de haber pasado en la disipación ó el vicio los años mas brillantes de su existencia, tienden una triste mirada sobre su suerte y sus faltas pasadas.

Oponen el ardor de su alma á aquella indestructible realidad, su exaltación se enciende todavía con el sentimiento confuso del desprecio que han debido inspirar, y luchan abrumados con sus recuerdos.

Mil fantasmas de virtudes quiméricas se alzan en su pensamiento, que anhela borrar la huella de errores harto evidentes; penetrados de desprecio y fastidio por sus acciones, se arrojan á un mundo imaginario buscando en él un consuelo y un asilo.

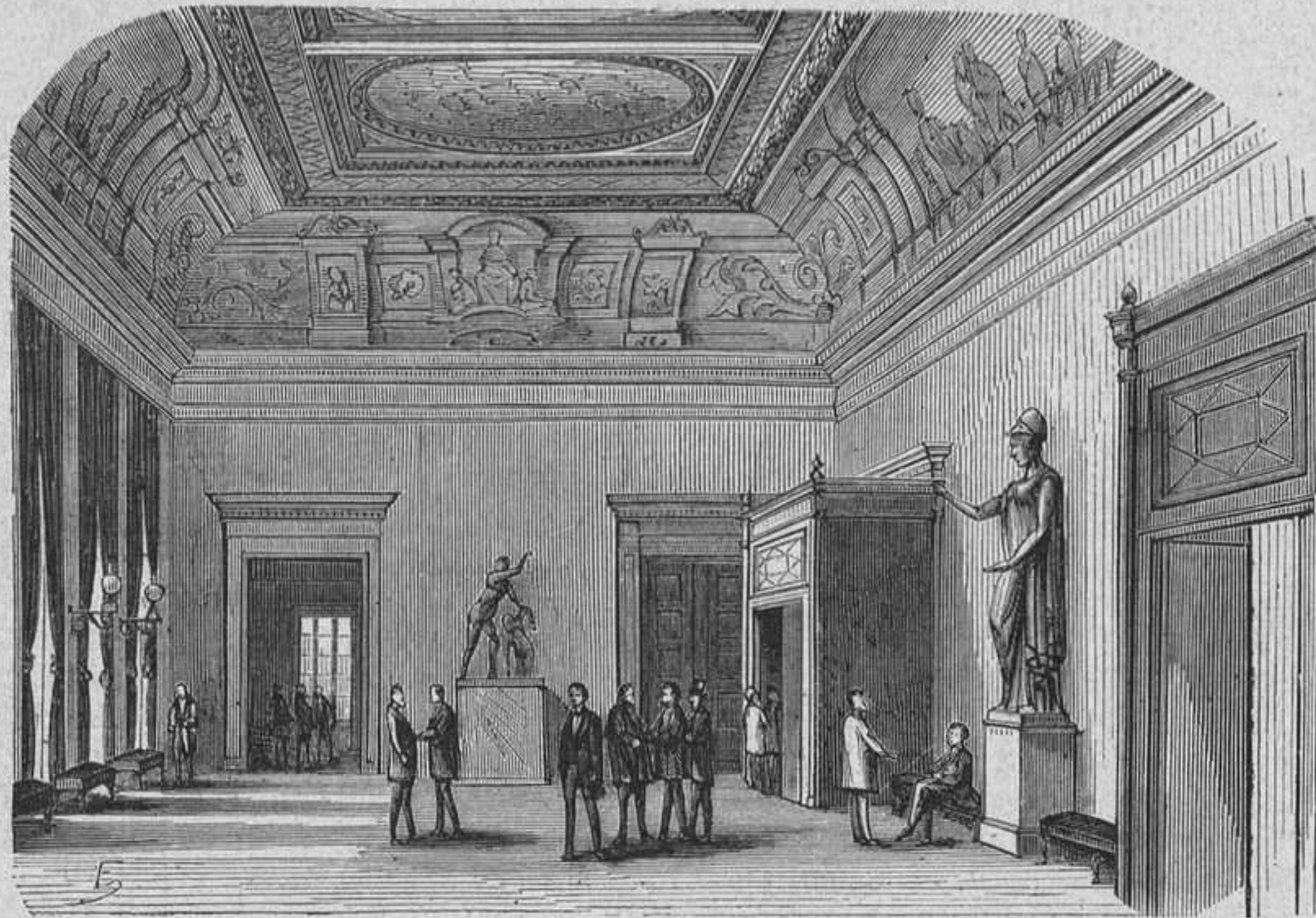
(Se continuará.)

El Cuerpo legislativo

FRANCÉS.

Todo el mundo sabe que el palacio Borbon es el laboratorio de donde salen las leyes en Francia, sin que necesiten otra cosa que un *satisfecit* del Luxemburgo y un decreto de promulgacion en el *Moniteur*. Ahora bien, nosotros hemos pensado que agradaria á nuestros lectores el conocer el pormenor de esta importante fabricacion, y ver á los autores de cerca, con familiaridad, y tal es el objeto que nos proponemos en este artículo.

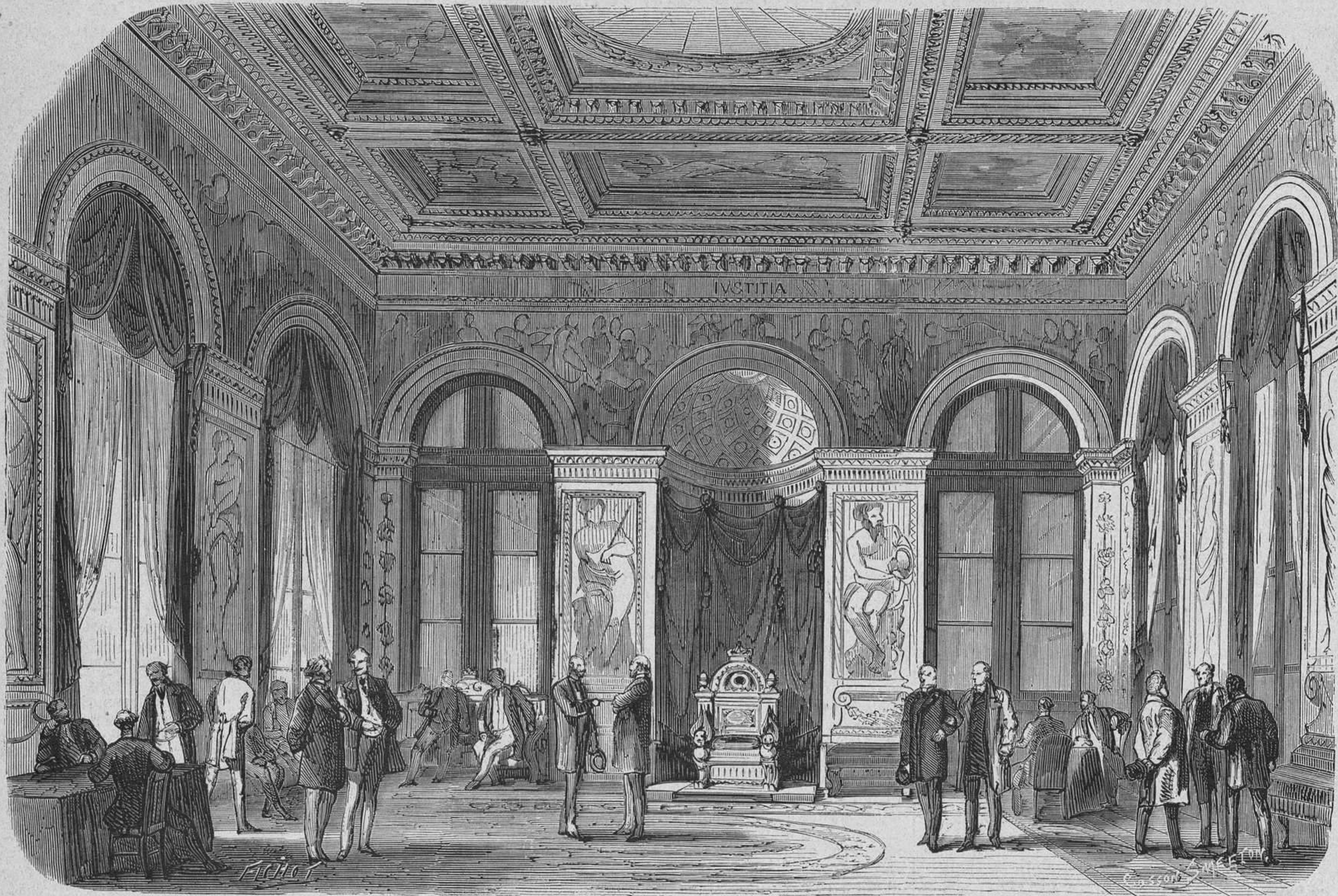
El palacio Borbon, como monumento, no necesita ser descrito, porque es bien conocido; su historia lo es tambien, mas sobre este punto apuntaremos rápidamente algunos



Palacio del Cuerpo legislativo. — Sala de los Pasos perdidos.

detalles. Construido por los años de 1722 á 1736, el palacio Borbon fué ocupado (segundo dia complementario del año III) por el consejo de los Quinientos, y desde entonces quedó destinado á las diferentes cámaras electivas. De 1816 á 1828, la Cámara de diputados no era mas que inquilina del palacio (154,000 frs. de alquiler), y la presidencia se instaló sucesivamente en el hotel de Trevisé, R. Bourbon, 88 (30,000 frs.), plaza Vendome, 19 (29,000 frs.), y finalmente, en el hotel Lassey, presidencia actual (22,350 frs.), que pertenecia entonces al duque de Aumale.

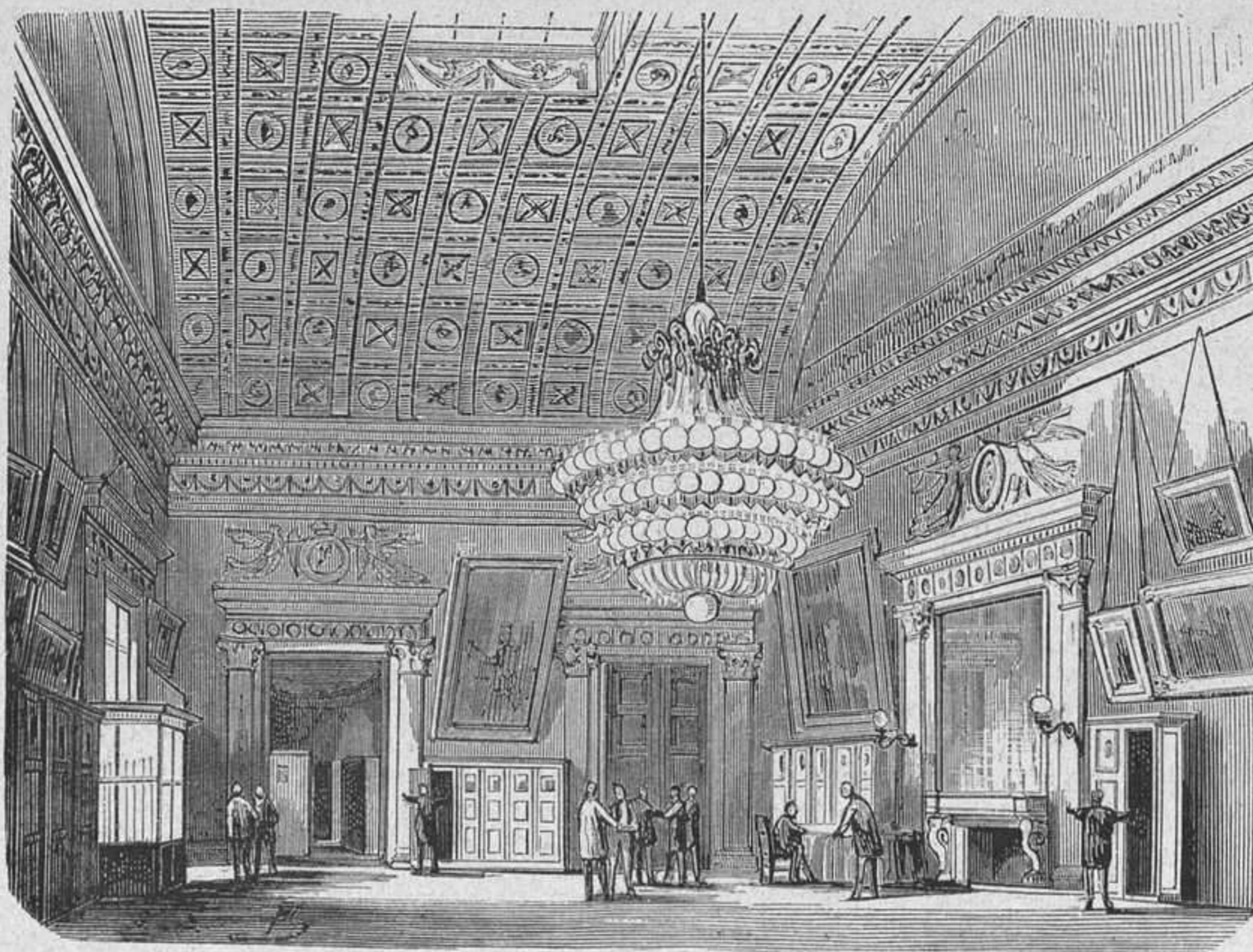
En 1827 y 1843, el Estado compró las dos partes del palacio (5.250,000 frs. y 5.045,475 frs.). El salon de sesiones, que amenazaba ruina, se reconstruyó en 1827, y como en el año de 1848 fuese muy pequeño, construyeron en el patio principal un salon provisional que



Sala del Trono.

fué demolido en 1852. En cuanto al hotel de la presidencia, se reconstruyó completamente despues de hecha su adquisicion.

La vida del palacio Borbon es intermitente; mudo durante seis meses del año, tiene en los restantes rápidas alternativas de calma y de animacion; tiene sus dias de fiebre y sus dias de letargo. No seria difícil precisar estas variaciones, y establecer sobre ellas, como en la Bolsa, una cotizacion exacta; para esto habria bastante con apuntar por dias el precio corriente de los billetes de la tribuna pública. Estos billetes, que se reparten gratuitamente, por supuesto, á los primeros que llegan, se convierten en artículo de comercio, y dan lugar á una especie de especulacion que ha sido preciso reprimir á veces. El precio varia segun el asunto de la discusion y los oradores que deben tomar parte en ella. Hay oradores que producen alza y otros que determinan baja, y aun ausencia completa de cotizacion. Thiers, Jules Favre y Rouher levantan



El gran vestuario.

tan mucho los precios, que en ciertas interpelaciones han solido subir á 30 francos. El precio mas bajo es 50 céntimos. M. Berryer no puede cotizarse, porque siempre toma la palabra de improviso; Picard y Ollivier, firmes; Billault enardecia mucho el mercado; la discusion del presupuesto por artículos paraliza completamente las ventas. El capítulo de los incidentes es fecundo en sorpresas, y la lista de los oradores inscritos suele dar chascos mas ó menos agradables á los compradores de billetes. Los maestros de la palabra tienen tambien su coqueteria, y disimulando su juego, se hacen inscribir bajo el nombre de un compañero que les cede su turno. La secretaria de la presidencia podria tambien suministrar excelentes elementos de apreciacion: en ciertos dias M. Valette no se entiende; un billete de tribuna alta es un gran favor, así como hay otros en que no se pide uno solo.

La entrada principal del Cuerpo legislativo, que es por donde pasan

las personas que tienen billetes, se encuentra en el fondo del patio que da frente al muelle, á la derecha del gran peristilo. La verja tiene tres puertas, por la una entran los carruajes y por la otra salen, en tanto que la tercera se halla reservada á la gente de á pié.

Una vez dentro, se encuentra primeramente una pequeña rotunda guardada por un centinela y administrada por un ugiar. Pasemos sin detenernos, que ya volveremos.

Viene luego otra rotonda mayor: á la derecha hay un vestíbulo al que da la galería de la presidencia, y á la izquierda una escalera por donde se sube á las tribunas altas. La entrada de las tribunas de la izquierda está en lo alto de la escalera, y para llegar á las de la derecha es preciso atravesar el *gran vestuario*, que fué en tiempo de Luis Felipe la *buvette*, y pasar sobre el gran peristilo.

Las tribunas bajas tienen su entrada en la *Sala de la Paz* ó de los *Pasos Perdidos*.

Aquí nos encontramos en medio del movimiento. Desde la una y cuarto la sala de los Pasos Perdidos se puebla y se anima, para no recobrar la calma hasta media hora despues de terminada la sesion. Esta es la verdadera antesala del Cuerpo legislativo, y aquí nos hallamos en el terreno de la historia. Esas anchas ventanas que caen al jardín de la Presidencia, tienen sus recuerdos que serán tradiciones un dia. Por la del fondo, la mas próxima á la *Sala de las Cuatro Columnas*, pasó el conde de Paris el 24 de febrero de 1848. El mismo dia la duquesa de Orleans, despues de una larga y terrible sesion, salió del palacio por la sala de los Pasos Perdidos; un poco mas allá el duque de Nemours se disfrazaba con los vestidos de un mozo de oficina.

Mientras dura la sesion, está animada la sala de los Pasos Perdidos. Los diputados, los periodistas, los espectadores que van á la tribuna, los que llegados demasiado tarde, esperan á que haya un vacío, llenan la sala, conversan en



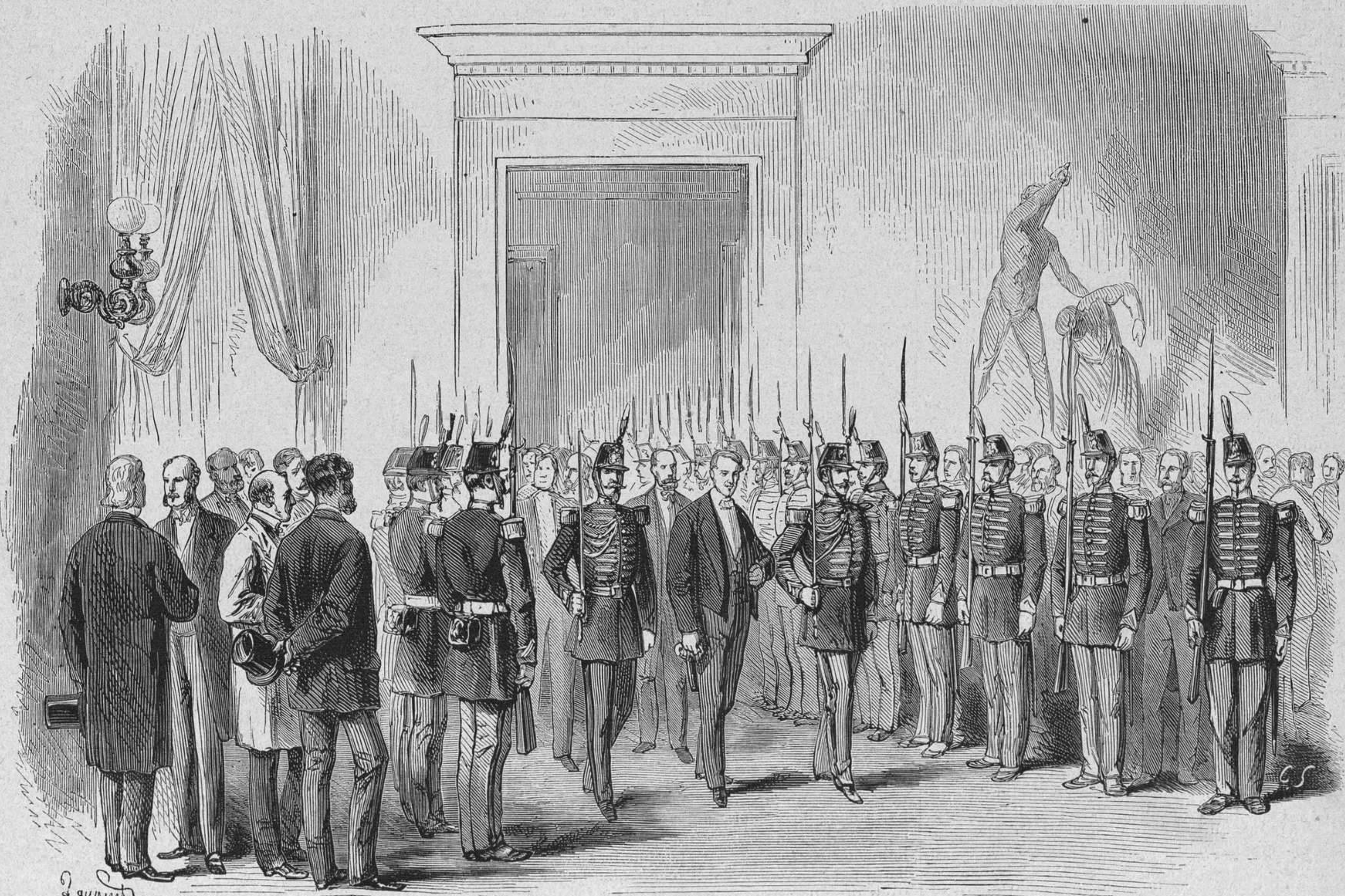
Palacio del Cuerpo legislativo. — Entrada del Salon de Sesiones.

los huecos de los balcones, ó se pasean mirando los techos (Vernet) y los grupos de bronce. A las dos menos algunos minutos llega un piquete de soldados, granaderos ó cazadores de Vincennes, etc., que forma una doble hilera desde la galería de la Presidencia hasta la puerta del corredor que conduce al hemiciclo. A las dos en punto, pues M. Schneider es la exactitud personificada, redobla el tambor y los soldados presentan las armas: es la llegada del presidente. Dos oficiales con la espada desenvainada marchan á su lado, y le sigue el estado mayor de la presidencia.

M. Schneider es un hombre no muy alto de estatura, delgado, vivaracho, de rostro expresivo, y cuya sonrisa, aunque de carácter franco, no está exenta de malicia, y revela de antemano al hombre de tacto y de inteligencia que desempeña con toda lealtad, una habilidad suma y una imparcialidad que toda la cámara le agradece, la delicada mision de presidir debates que con frecuencia se acaloran.

A la puerta del corredor los oficiales se detienen, saludan, y pasa el cortejo. El presidente toma asiento, y los ugiarres llaman por los corredores y por las salas á los diputados diciendo: *A la sesion, señores*.

El *Salon de Sesiones* es un hemiciclo cuya cuerda se halla paralela al rio, lo que equivale á decir que el sillón del presidente estaria en el eje prolongado del puente de la Concordia, mirando al puente. Este salon tiene dos entradas en los dos extremos del diámetro. El corredor que va de la *Sala de los Pasos Perdidos* á la *Sala de las Conferencias*, prolonga á la izquierda el *Salon de Sesiones*, y á la derecha el *Salon del Trono* y la *Sala de las Distribuciones*. Este corredor es en cierto modo el vestuario de la Cámara; cada diputado deja en él su paletó, su sombrero y su baston. En este depósito de prendas se observan las proximidades mas imprevistas: el paletó de M. de Kerueguen descansa quizás al lado del sombrero de M. Guéroult, y quizás



Llegada del presidente.

Quinto

la muleta de M. de Piré se cruza con el paraguas de M. Havin. En este angosto espacio suelen cambiarse rápidos coloquios que no dejan de ser interesantes con mucha frecuencia.

«¿Qué hay? ¿qué hacen? ¿quién habla?» Antes de la votación ya prejuzgan el resultado en dos palabras, y despues le comentan con igual brevedad. Mas de una enmienda ha nacido de estas conversaciones á escape, y á mas de un ministerio le han causado la caída.

En el fondo se distingue la *Sala de Conferencias*; la entrada que hay en esta parte es la mas frecuentada; en ese fondo estacionan casi continuamente grupos de variada composicion. Concluida la sesion, por ahí pasa la mayor parte de los diputados. La otra puerta se llama, entre los ngieres, la *Puerta de la Oposicion*. Es porque la izquierda tiene su banco en este lado, y que menos asiduos á la Sala de Conferencias, sus miembros, una vez cerrada la sesion, toman para salir el camino mas corto.

Enfrente de esta última puerta se halla el *Salon del Trono*, cuyo dibujo damos. En las épocas de la restauracion y de la monarquía de Julio, aquí se hacia la apertura de la Cámara. En el fondo está el trono, un sillón dorado sobre una grada, el mismo en que se sentó Napoleon I. En los ángulos del salón hay cuatro mesas de trabajo á las que solian sentarse los ministros. Aquí ha habido mas de un conciliábulo que ha metido ruido en Europa.

J. DE V.

La filosofía trascendental.

(Conclusion.)

— Os hemos rogado que nos digais cuántas obras publicó el doctor angélico, y no os habeis dignado contestarnos. Ahora os suplicamos que por lo menos nos digais cuántos tomos en folio forman las obras del gran filósofo á quien con tanta dureza censurais, y cuyas obras aparentais haber leído y meditado tanto.

La pregunta no pudo ser mas concreta; pero la respuesta tampoco pudo ser mas vaga. Todavía la estamos esperando. Por fortuna, cinco minutos despues dos criados de la casa pudieron presentarse con los veinte y dos tomos en folio, de los cuales constaba la edicion que se tenia mas á la mano. El filósofo racionalista, que tanto habia declamado contra la esterilidad del ingenio de santo Tomás, se vió en la necesidad de confesar que por culpa de la educacion literaria que habia recibido, tenia su cabeza llena de errores, y solo sabia del doctor angélico lo poco y falso que se le habia enseñado en un compendio de historia universal escrito en Alemania por un protestante, y traducido al español por un kausista, y lo que habia visto en dos cuadernos muy malos, y lo que habia oido en varias explicaciones todavía peores.

Concluyó esta escena con una exposicion sencilla, pero algo extensa, de las obras de santo Tomás, su estilo y objeto de cada una de ellas. El auditorio concluyó por admirar, como era justo, el inmenso talento y la asombrosa fecundidad del Sol de las escuelas.

De otro filósofo sabemos que en una ocasion bastante solemne dió pruebas inequívocas de ignorar que existia la *Suma contra gentes*, y de no saber siquiera cómo se leen las citas de la *Suma Teológica*. Por supuesto, que nada decimos de los comentarios, ni de las obras filosóficas, ni de los opúsculos, ni de los *Quod libet*, ni de otros trabajos del doctor angélico, porque ni aun de nombre eran conocidos por el filósofo en cuestion.

Ni siquiera habia oido hablar de ellos. ¡Y eso que antes habia dicho y repetido cien veces que su escuela se distinguia de la católica en que esta creia sin examen, y aquella examinaba sin creer; en que la católica inclinaba la cabeza aceptando como dogma todo lo que oia, mientras la racionalista, no jurando sobre palabra de ningún maestro, no dando fe á nada ni á nadie, solo juzgaba fundándose en el testimonio de su conciencia! El filósofo racionalista, entre otras muchas cosas, habia asegurado que nunca formaba juicio acerca de ninguna obra sin haberla leído y hasta meditado antes. Mas tarde confesó que ni aun de vista conocia las obras de santo Tomás.

Tambien es bueno advertir que en poco mas de una hora de conversacion citaria, por lo menos, noventa autores, cuyas obras pasarían de mil volúmenes: No tuvimos ocasion de averiguar si el filósofo crítico conocia los mil volúmenes, á los cuales se habia referido del mismo modo que á los veinte y dos de santo Tomás.

Si nosotros nos atreviésemos á juzgar *á priori* como los racionalistas, desde luego diriamos que de los mil volúmenes citados, acaso no habria leído ninguno, y cuando mas, habria visto por el forro unos cinco ó seis.

De otro filósofo crítico, perteneciente á la escuela trascendental, sabemos que despues de haberse quedado amargamente, porque la iglesia no le permitia examinar el griego y el hebreo, el caldeo y el siríaco, el árabe y el armenio, para desmentir á san Gerónimo, concluyó por confesar, porque á ello le obligaron testigos presenciales, que su erudicion acerca de las lenguas del Oriente se reducía á no conocer ni aun los signos del árabe, á no haber visto jamás una gramática armenia, á no haber abierto nunca un tratado de griego ó hebreo, á no saber ni cómo se apellida el mas comun gramático caldeo, y haber perdido por último, el pri-

mer año cuando estudiaba el latin, y haber obtenido nota de mediano en el segundo y tercer curso. Aquí no hay exageracion.

Consignamos un hecho, y si citásemos su nombre propio, en las provincias, al menos, habian muchos de llenarse de asombro al persuadirse de que es tan profunda la ignorancia de un filósofo, que acaso haya hecho ruido con sus cánticos.

Del propio filósofo, crítico y declamador, sabemos positivamente que en ciertos libros, y principalmente en ciertos discursos, ha ensalzado hasta las nubes las bellezas del Dante y las armonias de Petrarca, sin entender nada del italiano; el valor de la filosofía francesa, sin poder ni aun traducir el francés; y por último, la profundidad de la crítica alemana, entendiéndola á los alemanes cuando hablan como á las golondrinas cuando cantan.

El filósofo á quien nos referimos no posee mas idioma que el español, y esto porque se lo enseñó su madre. En algunas ocasiones se ha visto bastante apurado en tertulias, á las cuales, por asistir importantes individuos del cuerpo diplomático, era indispensable hablar por lo menos el francés.

El filósofo racionalista, el crítico universal, el hombre que antes lo juzgaba todo y por sí mismo, pocos minutos despues se veia obligado á callar como un mudo, tomar su sombrero, inclinar la cabeza, saludar mímicamente y retirarse á hablar español con los criados ó ayudas de cámara, no pudiendo hablar ni siquiera francés con personas medianamente instruidas.

Solo exponemos estos hechos para describir un tipo que no suele ser el menos frecuente entre los filósofos racionalistas.

II.

En el primer artículo dedicado á este gravísimo asunto, dijimos que los filósofos trascendentalistas pueden considerarse como divididos en tres grupos. Corresponden á uno los filósofos de entendimiento obtuso y corazon servil, que solo por espíritu de imitacion, solo por copiar extravagancias de hombres grandes, se apellidan espíritus fuertes y hombres de razon libre, siendo en realidad espíritus ridículos y hombres de razon esclava.

Ya describimos este grupo. Pertenecen al segundo, segun indicamos, personas de muy claro entendimiento que, «por adquirir celebridad, por espíritu de singularidad, ó por amor á la extravagancia, caen en la fatal y pernicioso mania de apartarse siempre del sendero ordinario, en el cual se halla la luz, para caminar siempre por veredas desconocidas, en las cuales solo se encuentran precipicios.»

Dejando para el tercero y último artículo el tercer grupo, nos detendremos hoy en el exámen y descripcion del segundo.

El orgullo y la vanidad son los peores entre todos los consejeros. Desgraciadamente los filósofos, aun los mas grandes, aun los mas dignos de llevar este título, están muy lejos de hallarse libres de las heridas del orgullo y los ataques de la vanidad.

No hay grande hombre del cual no se cuenten cosas muy pequeñas. Sócrates, que aceptaba la muerte por no aplaudir á los sofistas, hubiese aceptado, no obstante, la filosofía que tanto le desagradaba por defender á algun sofista que hubiese elogiado su moral.

Aristóteles, envaneido por haber sido el preceptor de Alejandro, se mostraba dispuesto á excusar los mas grandes crímenes, y explicar al menos los mas trascendentales errores, de todo el que en público le hubiese encomiado como el mejor y mas hábil entre los ayos de los príncipes.

Demóstenes no pudo en una ocasion atacar á su encarnizado enemigo Filipo, porque, como él decia, la gratitud le embargaba la lengua. Demóstenes no pudo continuar declamando contra el enemigo capital de Grecia, porque el rey de Macedonia habia llamado á Demóstenes rey de la elocuencia en Atenas.

De Ciceron se cuenta que defendia de balde á todos los romanos que en público le apellidaban el primero entre todos los oradores.

Séneca era muy avaro y muy entregado á la usura. Despues de Caton, del virtuoso Caton, nadie hubo en Roma tan codicioso y despiadado en materia de usuras como Séneca. Esto no obstante, *el gran moralista del imperio*, el hombre que tan bien describia y tan profundamente despreciaba las miserias humanas, tenia la miserable debilidad de derretirse de placer cuando oia ensalzar sus virtudes, y hasta perdonaba sus deudas á los acreedores que ponderaban, oyéndolo él, su *virtud y sabiduría*.

El propio César, con ser hombre de corazon tan esforzado y tan clara inteligencia, no podia resistir el influjo de los aduladores, que le apellidaban el primer Aquiles y el primer Homero del mundo. César tenia la vanidad de pasar á la posteridad como héroe é historiador al propio tiempo.

Y lo que decimos de los grandes hombres de la antigüedad, pudiera repetirse de los grandes hombres de nuestros tiempos. La adulacion hace estragos, porque la vanidad le prepara antes el camino. Enrique VIII arrojaba á las hogueras á un hombre, por solo haberle llamado oveso, al paso que perdonaba á un conspirador, porque en la cárcel habia confesado que el rey de la Gran Bretaña era el mas astuto entre todos los soberanos de Europa.

Isabel, la hija de Enrique, hacia ahorcar irremisiblemente

mente á todo el que tenia valor para ponderar la belleza de María Stuard, el talento de Catalina de Médicis, el ingenio de Enrique IV ó la habilidad y constancia de Felipe II. Cromwell, el tigre de Irlanda, tenia valor para convertir en cenizas ciudades populosas, y carecia de fuerzas para firmar ninguna sentencia contra los irlandeses, que conociendo su flaco, le llamaban en alta voz instrumento de la Providencia.

Saint-Just, el feroz miembro de la Convencion francesa, á pesar de deleitarse en llevar hombres al cadalso, no podia menos de perdonar á quien aplaudia las *gracias* de su mono.

Robespierre, el hombre mas cruel que han conocido los siglos, se ablandaba hasta el punto de temblar y derramar lágrimas cuando se le pedia algo en nombre de su porvenir ó de su elocuencia.

De Napoleon I se refiere que concedia cuanto se le pedia si el suplicante comenzaba por apellidarle invencible.

Por último, Talleyrad no negaba nunca su apoyo al pretendiente que lo calificaba del mas agudo entre todos los ingenios y el mas astuto entre todos los diplomáticos.

Está visto. La vanidad es el flaco de los grandes hombres. Así como Aquiles solo podia ser herido en el talon, los hombres grandes, por lo general, únicamente pueden ser heridos en su vanidad. Se burlarán de la riqueza, tendrán en poco los honores, despreciarán mil veces la muerte; pero nunca se harán superiores á la vanidad.

Platon excluía de su república á los poetas, y Caton no queria que los literatos penetraran en Roma. Sin duda, tanto Platon como Caton, estaban persuadidos de que tanto los poetas como los literatos, y mucho mas los oradores, se desarman cuando son aplaudidos. Cualquiera de ellos seria capaz de trocar la patria por una ovacion.

Ciceron decia que no conocia á ningún poeta que no se tuviese por el mejor entre todos los hombres. Nosotros no tenemos inconveniente ninguno en aceptar esta sentencia, con tal que en vez de restringirla á los poetas, se extienda tambien á las noventa y nueve centésimas partes de todos los filósofos y de todos los literatos y de todos los oradores.

Los hombres públicos, por mas que aparenten otra cosa en público, en secreto, en el fondo de su corazon, son siempre amigos de los enemigos que los aplauden. El jefe de un partido amará con toda su alma y con toda la fuerza de su pecho á los miembros del partido contrario, con tal que *le hagan justicia*, apellidándole hombre recto y consecuente, político profundo, diplomático hábil ú orador de extraordinaria elocuencia.

Nada tan fácil como desarmar á un hombre célebre, atacándole por la parte flaca, es decir, ponderando las buenas cualidades que le han dado celebridad.

La verdad de la gran sentencia de Ciceron consiste en que los hombres grandes caen con mucha frecuencia en la tentacion de enamorarse de sí mismos y admirar sus propias acciones. Cuando los hombres grandes llegan á este extremo, y por desgracia llegan muy pronto y con sobrada frecuencia, no ven mas que á sí mismos, y por lo tanto en sí mismos solo ven su propio talento, solo contemplan su propia virtud, y solo se extasian meditando en los encantos de su propia elocuencia.

Por esto los hombres grandes se creen los únicos buenos, y rechazan toda bondad que no sea suya; se juzgan los únicos sabios, y rechazan toda sabiduría que no sea suya; se reputan, en fin, los únicos consecuentes y los únicos elocuentes, y tienen en nada toda elocuencia y toda consecuencia que no sean suyas.

Por eso los hombres grandes, lejos de tener amigos, son enemigos de todo el mundo. Se creen solos, y solo admiten planetas ó satélites en su derredor. No sienten que á su lado nadie brille con luz propia. En su compañía jamás hallaremos rivales. Solo encontraremos, ó humildes discípulos, ó serviles aduladores.

Este vicio de los hombres grandes los aparta del camino ordinario, que es donde está la grandeza, y los arrastra á escabrosos senderos, por los cuales solo se llega al caos.

Los hombres grandes, deseando llamar la atencion, procurando decir cosas nuevas, se olvidan por completo de que su mision providencial consiste, no en hablar de lo que no se puede saber, sino en explicar lo que se necesita conocer; no en esforzarse por llevar la luz á las entrañas de la tierra, en las cuales no es necesaria ni posible la claridad, sino en iluminar la superficie del globo, en esclarecer la sociedad, difundiendo conocimientos útiles, no embrollando las ciencias con ridículas extravagancias.

No hay locura comparable con la de los hombres de ingenio cuando caen en la monomanía de no poner contrapeso á sus culminantes inclinaciones.

Un poeta es encomiado por la osadía de su ingenio, se deja empujar por la corriente de los aplausos, y la vanidad lo arrastra hasta el gongorismo. Góngora nació para ser un gran poeta, y ha pasado á la posteridad cual modelo de mal gusto.

¡Todo por espíritu de singularidad! En los siglos XVI y principios del XVII habia en España grandes oradores.

Empezaron algunos á jugar con su talento y poner en tortura su imaginacion, para hacer lo que pudiéramos llamar inocentes travesuras de elocuencia. Pasó poco tiempo, la vanidad continuó empujando, y se creó un género de ridícula oratoria, cuyo tipo personificó el padre Isla, en el inmortal fray Gerundio de Campazas,

Hubo en España un gran artista. Comenzó haciendo lo que pudiéramos llamar equilibrios de ingenio. Muy pronto recibió los grandes aplausos que merecía. No comprendió el peligro de colocarse en la pendiente de la vanidad; se dejó infatuar por el orgullo, dió rienda suelta á su fantasía, y Churriguera, que así se llamaba el artista, en vez de colocarse al lado de Rafael ó Miguel Ángel, dió márgen á la fundación de una escuela grotesca y á la creación de un género estrambótico, que recibió, y aun lleva el nombre, de arquitectura churrigueresca. Y lo que decimos de la poesía, y la oratoria, y la arquitectura, puede igualmente y con mucha más razón decirse de la filosofía.

No hay filósofo que no se crea llamado á destruir la obra de cuantos le han precedido, y preparar el camino, el único camino que puede seguirse á cuantos le hayan de suceder. Aristóteles se dejó dominar por esta manía. Sin reparo alguno, afirmó que antes de él ningún filósofo había procedido con acierto.

Tres siglos despues, Ciceron decia que tampoco habia procedido bien Aristóteles. Los sabios de la escuela alejandrina dijeron más tarde que tambien habia sido erróneo el sistema del gran orador romano.

Al comenzar el renacimiento, la filosofía comenzó á censurar á la escuela alejandrina y á Ciceron, y á elogiar unos á Aristóteles y otros á Platon. Sin embargo, ya en el siglo XVI, se empezó á escribir y á declamar otra vez contra Aristóteles.

Luis Vives, por amor á la celebridad, se ocupó en impugnar su método, y Bacon, solo por adquirir renombre, hizo mortal guerra al escolasticismo. Despues Descartes combatió á Bacon; Voet combatió á Descartes; Marsenne refutó á Voet; Newton despreciaba á Leibnitz; Leibnitz acusaba de plagio á Newton; Bossuet llamaba hereje á Fenelon; Fenelon despreciaba como cortesano á Bossuet; Pascal, Arnaldo, Nicole y Quesnell, calumniaban á los jesuitas; los jesuitas probaban que eran falsarios los criticos de Pont-Royal; Voltaire se burlaba de Rousseau; Rousseau odiaba á Voltaire; en fin, para no prolongar esta enumeracion, bástenos decir con Fenelon que los hombres de grande ingenio parecen destinados á aborrecerse, puesto que siempre se muestran divididos y viven en perpétua lucha.

Y ¿cuál es la causa de este fenómeno? La vanidad, y solo la vanidad. Los hombres grandes se rodean, como ya hemos dicho, de aduladores; pero nunca consienten á su lado dignos émulos ni mucho menos afortunados rivales.

Fijándonos en la filosofía racionalista de nuestro siglo, no podemos menos de convencernos profundamente de esta verdad. El filósofo, cuando se deja dominar por la vanidad, no busca cosas buenas que decir, ni cosas oscuras que explicar, nada de esto: solo se ocupa en buscar cosas estrambóticas que llamen la atención, y cosas raras, que parezcan aun más raras explicándolas con estilo confuso y frases enfáticas.

El filósofo quiere hacerse notable, y para ello necesita singularizarse. Y ¿cómo ha de singularizarse siguiendo el camino trillado? Para hacerse notable en un punto en el cual hay mucha gente, se necesitan mucho ingenio y muchísimo trabajo. Por el contrario, para adquirir nombradía en un lugar abandonado por todo el mundo, solo se requiere un poco de osadía.

Para construir, *verbi gracia*, un gran monumento como el del Escorial, se necesita todo el ingenio de Juan de Herrera; para pasar á la posteridad, por el contrario, sin talento de ningún género, solo se necesita el criminal valor del célebre griego, que solo por transmitir su nombre á las generaciones futuras convirtió en cenizas el gran templo de Efeso.

La vanidad arrastra á muchos filósofos á combatir las cosas grandes para aparecer en la historia cual los titanes que en el Olimpo luchaban contra Júpiter. El mundo cree, y creará siempre, en la espiritualidad y en la inmortalidad del alma.

Los filósofos vanos, por hacerse visibles, por ir contra el mundo, por adquirir el nombre de espíritus fuertes, niegan el espíritu, deifican la materia y degradan al hombre. ¡Tal es el origen del materialismo!

El mundo entero ha creído, cree y creará siempre en la existencia real de los cuerpos. Aparecen, no obstante, algunos filósofos llenos de vanidad, y por lograr que las gentes fijen en ellos su atención, publican obras voluminosas, encaminadas á embrollar la lógica para confundir el humano entendimiento y poder predicar impunemente la estúpida teoría de que no hay fuego que abrase, ni agua que refresque, ni precipicios por los cuales pueda despeñarse el hombre, ni esquinas siquiera contra las cuales puedan aplastarse el cráneo los insensatos.

La vanidad arrastra á muchos filósofos á sostener que el mundo no existe, y cuanto en el mundo contemplamos no es más que una ilusión. Creemos que tenemos piés y manos. ¡Ilusión! Se nos figura que tenemos cuerpo y que el frío nos combate, ó que el alimento nos nutre. ¡Vana ilusión! Se nos ha hecho creer que hay otros hombres como nosotros y otras cosas fuera de nosotros. ¡Todo ilusión! ¡Todo efecto de nuestras preocupaciones! ¡Nos engañan nuestros sentidos!

¡Cuánto delirio! ¡Qué sistema tan absurdo! Sin embargo, esta escuela filosófica, el idealismo, nació en Francia, se propagó en Inglaterra, y todavía tiene no pocos adeptos en Alemania.

El mundo entero cree, ha creído y creará siempre que Dios existe, que el mundo es hechura de Dios, y que el hombre, si debe su sér á Dios, no es ni Dios ni el mundo. Aparece, no obstante, el panteísmo, aparecen unos

cuantos filósofos llenos de vanidad, y solo por llamar la atención de las gentes, niegan todo lo que las gentes creen y confunden todo lo que las gentes distinguen.

Seria inútil que nos fatigásemos trabajando para poder señalar otro origen ni otra causa á la detestable y pernicioso filosofía que impugnamos. No hay que dudarlo. La filosofía trascendental en los ignorantes no es más que el plagio y el espíritu de servilismo. Niegan, por que ven negar, sin comprender siquiera la importancia de lo que niegan. Por esto damos á esta filosofía el nombre de fatuismo ó fatuidad trascendental.

Los filósofos de verdadero talento que se dejan, no obstante, extraviar por el orgullo, niegan, no por espíritu de servilismo, sino por repugnante y miserable vanidad. Por esto damos á su filosofía el título de trascendentalismo vanidoso.

Tanto en la primera como en la segunda escuela, no hay más dogma comun que la negacion. Se niega á Dios, se niega al mundo, se niega al hombre, se niega la certeza, se niega el espíritu, se niega la revelacion, se niega, en fin, hasta la existencia real de la nieve que nos hiela y el fuego que nos abrasa, por vanidad, y solo por vanidad. La vanidad es la única razon de la filosofía trascendental incrédula.

Hé aquí, por qué para combatir esta filosofía es necesario comenzar destruyendo la vanidad que la impulsa y le da vida. Ahora bien: la vanidad solo se destruye por medio de la fe, que pone límites á nuestra inteligencia, y de la moral católica, que enfrena nuestros depravados instintos, prescribiéndonos la abnegacion.

La fe es ley para nuestra razon y luz para nuestro entendimiento. Así nos aparta del caos. La moral es freno para nuestro pecho, y preceptuándonos la humildad nos aleja de la vanidad. Así abre un abismo insondable entre nosotros y el caos. ¡Cuán cierto es que el hombre es un problema cuya solución única es la que por la revelacion divina nos ha dado el cielo!

MIGUEL SANCHEZ.

Obligacion de los padres

DE ENSEÑAR Á SUS HIJOS UN OFICIO EN LA JUVENTUD.

Uno de los periódicos políticos más antiguos de la prensa española, refirió años pasados, garantizando su veracidad, la siguiente anécdota. Decía así:

«El banquero N. es uno de los hombres más honrados y más felices de la tierra. Su historia es muy conocida en Madrid. Empezando su carrera en clase de dependiente de una modesta casa de comercio, ha conseguido á fuerza de laboriosidad, de constancia y de honradez levantar una fortuna de cinco á seis millones de reales perfectamente desempeñados.

Su afable trato y sus excelentes prendas personales hacen las delicias de cuantos le conocen. Adornado de una instruccion nada comun, y dotado á la vez de los más nobles y generosos sentimientos, jamás ha depositado la Providencia cuantiosas riquezas en manos que sepan distribuirlas mejor entre los necesitados. Lejos de disminuirse su fortuna, á medida que la siembra en el campo de la caridad se multiplica prodigiosamente.

El secreto de este milagro solo le sabe Dios, que aumenta los bienes del justo en una proporcion asombrosa. El banquero N. tiene una hija adorada, en quien se mira como en el espejo de sus glorias. Ella es el compendio y resumen de su dicha. El mismo la ha educado y sostenido en el recogimiento y la virtud los años que las jóvenes consagran á la modestia y á la castidad.

La amable hermosura de este ángel, su bondad, su inocencia y su pingüe patrimonio, la habian rodeado de las simpatías y de las atenciones de numerosos jóvenes, que aspiraban á su mano. El padre, seguro de su buena educacion, la dejó en plena libertad para elegir al hombre que fuera más agradable á su corazón.

La eleccion de la hija recayó al fin en un militar de alta graduacion, el cual se presentó á su padre y se la pidió en debida forma. El banquero N. le recibió con su benevolencia característica, y despues de enterarse de su pretension, le dijo:

— Sin duda alguna, caballero, que su aspiracion de usted me honra sobremanera; pero ¿qué oficio tiene usted?

— Señor, replicó el militar, soy coronel del ejército español.

— No pregunto eso, añadió el banquero: pregunto si sabe Vd. algun oficio mecánico.

Sorprendido el oficial por aquella salida, manifestó al banquero su extrañeza, haciéndole ver cuánto le ofendía que no juzgara de mejor índole su gerarquía que la de un menestral cualquiera.

— ¡Ay, amigo mio! replicó el banquero: tengo en efecto, esa debilidad. Yo no concederé la mano de mi hija sino á un hombre que sepa un oficio. Vd. tiene una graduacion superior, es verdad, y mi hija tiene millones; pero ¿no será posible que Vd., por cualquier eventualidad, pierda su grado y mi hija sus millones? Entonces, caballero, si Vds. se amaban como Dios manda, serian menos desgraciados. Un oficio se ejerce en todas partes, en la proscripcion, donde quiera que nos lleve nuestra mala suerte. Los grados militares, los títulos de nobleza, los millones, se pierden, mientras que un oficio es un buen compañero de los hombres honrados, que no los abandona nunca. Así el dia en

que Vd. se me presente con un oficio aprendido, cuente Vd. con la mano de mi hija y con toda mi fortuna.

El bizarro coronel que amaba con todo su corazón á la hija del banquero, y que al mismo tiempo era bastante racional para apreciar en su debido valor aquel sublime rasgo de prevision paternal, se sometió á la prueba, y aprendió muy brevemente el oficio de ebanista.

Un año despues envió al banquero una preciosa cuna de palo de rosa y una carta, que decia así:

«La he labrado con mis propias manos: y si á Vd. le parece bien, la destinaremos al primer hijo que Dios nos envíe para coronar una union suspirada y merecida con arreglo á sus laudables inspiraciones.»

Inútil es decir que el banquero ha cumplido su palabra. Su hija es hoy esposa del bizarro militar, y no hay en el mundo familia más venturosa.

Hé aquí un ejemplo que ofrece una admirable enseñanza.»

Así se expresaba el ilustrado diario de quien hemos tomado las líneas precedentes, y con gran placer se hemos colocado á la cabeza de este artículo para ilustrarlas con algunas reflexiones.

La enseñanza de un oficio mecánico, de un arte, de una profesion vulgar, debia ciertamente formar parte de la educacion de la juventud. Este es un precepto bondadoso bajo todos los puntos de vista que se le considere. Por desahogada que sea la posicion de las familias, por crecida que sea su fortuna, por elevado que sea su rango, no deben los padres escapar el cumplimiento de esta sencilla y facilísima obligacion.

Innumerables son las ventajas que reporta á todas las personas el aprendizaje de un oficio mecánico. Nosotros creemos que debiera ocupar el lugar de la gimnasia en el programa de la educacion física de las escuelas. Considerados ciertos oficios como medios para facilitar el desarrollo y la robustez de los músculos, son excelentes ejercicios gimnásticos que prestan vigor á las complexiones más delicadas.

Estos ejercicios pueden constituir un recreo agradable para la infancia, cuando hay una inteligencia que sabe prestarlos amenidad. A la vez son de una influencia moral en extremo recomendable.

El aprendizaje de un oficio, aunque no reporte á ciertas personas utilidades positivas, y aunque no puedan servirles de específico ó preservativo contra las desgracias del porvenir, despierta y fomenta en su corazón virtudes sublímimas, entre otras el amor al trabajo, los hábitos de laboriosidad, la buena costumbre de no permanecer ociosos, que es un manantial de bienes inapreciables.

No tiene el hombre seguramente mayor enemigo que el ocio, y bien sabido es cómo florecen á su sombra los vicios y las pasiones. No hay artículo más caro para los pobres mortales, y así como por el ministerio del trabajo se ve con frecuencia al más infeliz convertido en opulento capitalista, por el ministerio del ocio se ve con más frecuencia descender al rico hacendado hasta la extremidad más rigurosa de la indigencia.

Gran negocio es el obrar bien, y gran capital es el amor al trabajo. La ociosidad, la pereza, la vagancia, por muy espléndido y magnífico que sea su ropaje, no dejan de ser maestras de todas las infamias y picardías. Los hábitos de trabajo y laboriosidad sanean las almas, las purifican, las fortalecen en la práctica del bien, y las dotan de gran nobleza y generosidad.

Se adquieren por el ministerio del trabajo preciosas virtudes de un orden muy superior que bastan para preservar á los seres de las miserias del envilecimiento. Es el trabajo por sí mismo una gran virtud que puede figurar en las mejores ejecutorias humanas. Además, se hallan en él placeres tan puros y tan inocentes, que no pueden menos de cautivar y seducir á los corazones bien nacidos.

No hay méritos, no hay blasones, no hay títulos más gloriosos que aquellos que se alcanzan por el ministerio del trabajo. Quiso Dios que fuera ruda pension de la pobre humanidad; pero á la vez quiso tambien que sirviera de medio para su engrandecimiento y su honra, para su perfeccion moral é intelectual, y para hacerse digna de su destino, que es la inmortalidad.

Con sudor de su frente riegan la generalidad de los hombres el pan que les sirve de alimento; pero si se mira bien es muy posible que para todos los que hacen esto sea más sabroso su pan que para el magnate los manjares delicados de sus opíparos festines. Y es que al trabajo se asocian siempre las virtudes de la conformidad y de la resignacion, madres fecundas de la dicha y la alegría.

Grandes serán los placeres de la mesa del opulento, y mucho podrá gozar saboreando sus manjares, ébrio de licores y coronado de rosas; pero más goza todavía el hombre laborioso que distribuye á su familia el blanco pan de los canastillos, regado con sudor y santificado por sus bendiciones. El placer del primero no pasa de la materia; el del segundo llega hasta el alma, y la inunda de un júbilo inefable.

Ha querido tambien Dios que los placeres del rico ocioso sean muy inferiores á los del pobre honrado y trabajador. La diferencia consiste en que los del primero suelen ser puramente cardinales, mientras los del segundo se enseñorean del espíritu, que es la parte más noble de la naturaleza humana. Esta compensacion es admirable, y á ella se debe la felicidad de cien familias, que no teniendo más que el pan cotidiano, se juzgan más dichosos que los reves de la tierra con sus coronas.

Preocupaciones ridículas, supersticiones groseras, vanidades soberbias, hacen que muchas familias bien

acomodadas desdeñen el precepto de educación que hemos señalado, oponiéndose á que sus hijos aprendan un oficio en su juventud. Esta es una de las muchas miserias de las riquezas. Porque en la opulencia suprema hay tambien miserias supremas.

Obran mal. Los honores se pierden, se pierden los títulos, se pierden los millones, se pierden las posiciones mas brillantes; pero un oficio no se pierde nunca, y en todas partes se ejerce. Monarcas poderosos han perdido sus coronas y ganado el pan de su sustento en la proscriccion practicando un arte.

El ejemplo de Luis Felipe no está tan remoto que se haya borrado de la memoria de los que conozcan la historia contemporánea. Ese mismo rey aplicó á todos sus hijos á una profesion. Y es que los honores, los títulos, los millones y todo lo que constituye ciertas grandezas humanas, estriban sobre inconstante y movizada arena, y el soplo destructor de la mala fortuna puede derribarlas en una hora, como derriba el huracan las montañas mas elevadas.

Lo expuesto basta para que los padres de familia comprendan la bondad del precepto que les recomendamos, y para que, venciendo preocupaciones absurdas y aberraciones lamentables, enseñen á sus hijos en la juventud un oficio que pueda servirles en el presente ó en lo porvenir de específico contra la desgracia, y á la vez que despierte en su corazon el amor al trabajo para que los sirva como de preservativo contra el vicio, causa generadora de la corrupcion, del envilecimiento y de la desgracia de la mayor parte de las criaturas.

L. A. HERRERO.



Galería de Khalil-bey. — *El Estudio del pintor.*

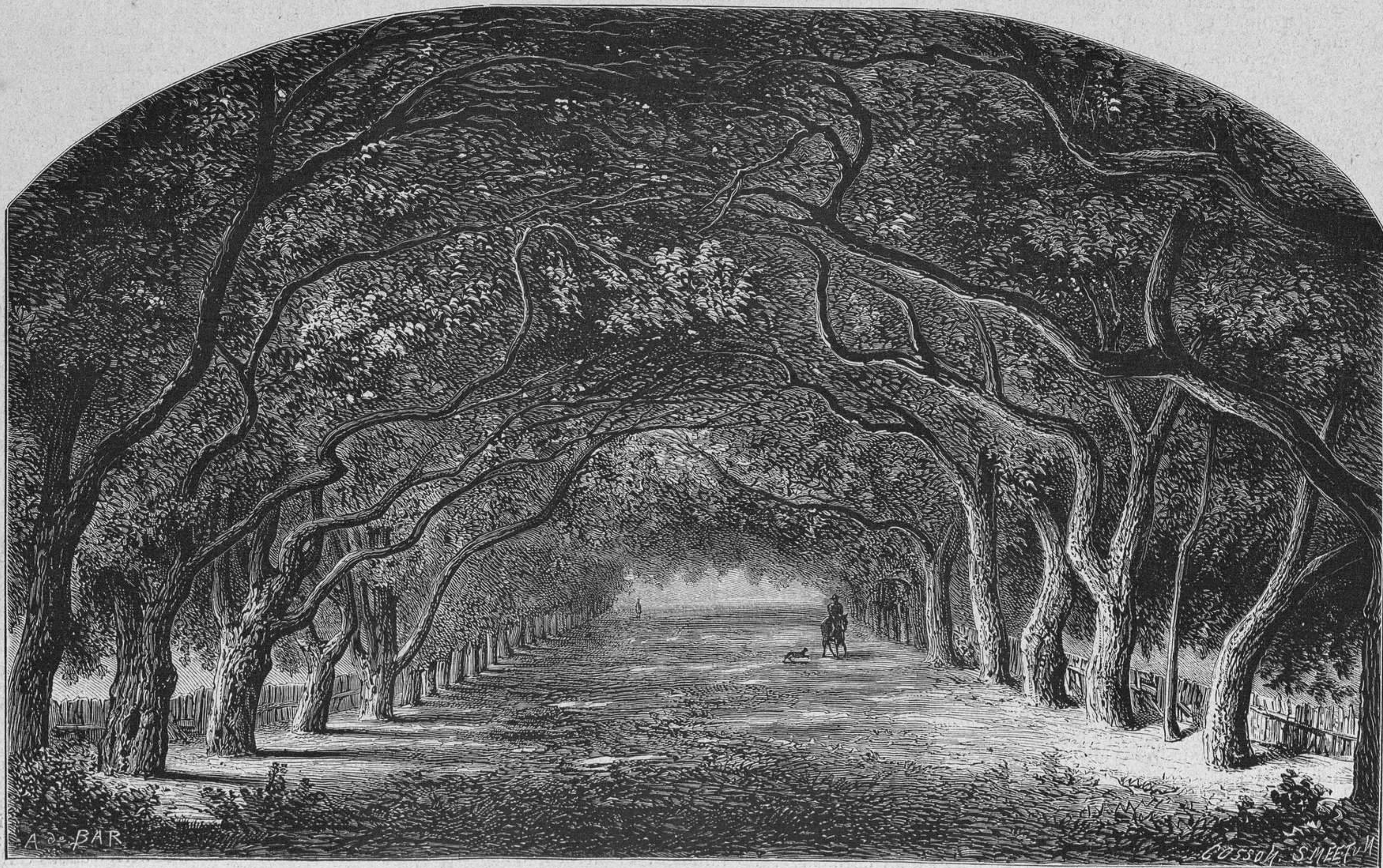
Dos cuadros

DE LA COLECCION DE KHALIL-BEY.

Hace un mes no se habla de otra cosa en el mundo artistico que de la venta de la preciosa coleccion de Khalil-bey. Esta galería cuenta apenas cien cuadros, pero cada uno de ellos es una obra maestra. En prueba de ello, hé aquí reproducidos dos de estos cuadros que son la admiracion de los inteligentes. El primero, titulado *el Estudio del pintor*, es una obra de Boucher, de un colorido delicioso, pintado con mano libre y ligera y seguramente alcanzará en la venta un elevado precio; y el segundo es la pintura capital de Teodoro Rousseau, y quizás el paisaje de la escuela francesa contemporánea. Oigamos lo que dice Teófilo Gautier sobre este cuadro, que se titula *la Avenida de los castaños*.

« ¡Qué fuerza y qué poder! La avenida se pierde en una sombra entrecortada de sol como una catedral de la naturaleza, para emplear el estilo á la moda en tiempo de Chateaubriand, entre dos hileras de enormes troncos, parecidos á pilares góticos, que entrecruzan sus gigantescos ramajes de codos nudosos llenos de anchas hojas. ¡Diriase que se ve correr la savia bajo esas rugosas cortezas en esa densa enramada, bajo la cual se disfruta de una intensa frescura! ¡Diriase que la vida secreta de la vegetacion circula al través de esas masas de verdura y de esas yerbas erguidas que se levantan bajo el pié, sacudiendo la gota de rocío y de lluvia!

» ¿ A qué castillo ruinoso hace siglos conducia esa inmensa nave de follaje, que ha vuelto á tomar el pintoresco y abrupto carácter del abandono, y que el tiempo, que destruye la obra del hombre



Galería de Khalil-bey. — *La Avenida de los castaños*, cuadro de Teodoro Rousseau.

ha hecho mas sólida, mas majestuosa y mas venerable todavía?

» En esta obra sin rival, Teodoro Rousseau, aunque conserva una originalidad incontestable, recuerda un tanto la robustez de Hobbes, y del poderoso maestro que los ingleses llaman familiarmente el viejo Crome, Old-Crome. Jamás se estudió tanto y tan íntimamente la naturaleza, ni se expresó con tan intensidad de efecto, con una poesía tan profunda y tan verdadera.»

T. G.

Monumento

CONMEMORATIVO DE LA BATALLA DE TOBITCHAU EN 1866.

Cuando en la primavera de 1866 se rompieron las hostilidades entre el Austria y la Prusia, la poblacion de Mahren sintió el vivo deseo de atender con socorros á las necesidades de los valerosos soldados del ejército, y manifestó su patriotismo fundando un comité de beneficencia.

Este comité decidió además no olvidar tampoco á los guerreros que habian sucumbido en el campo de batalla, y quiso elevarles un monumento para recordar su bizarría á las generaciones futuras.

Las ofrendas llegaron de todas partes para esta obra piadosa y patriótica, y los delegados encargados de la ejecucion contribuyeron personalmente á elevar la suma.

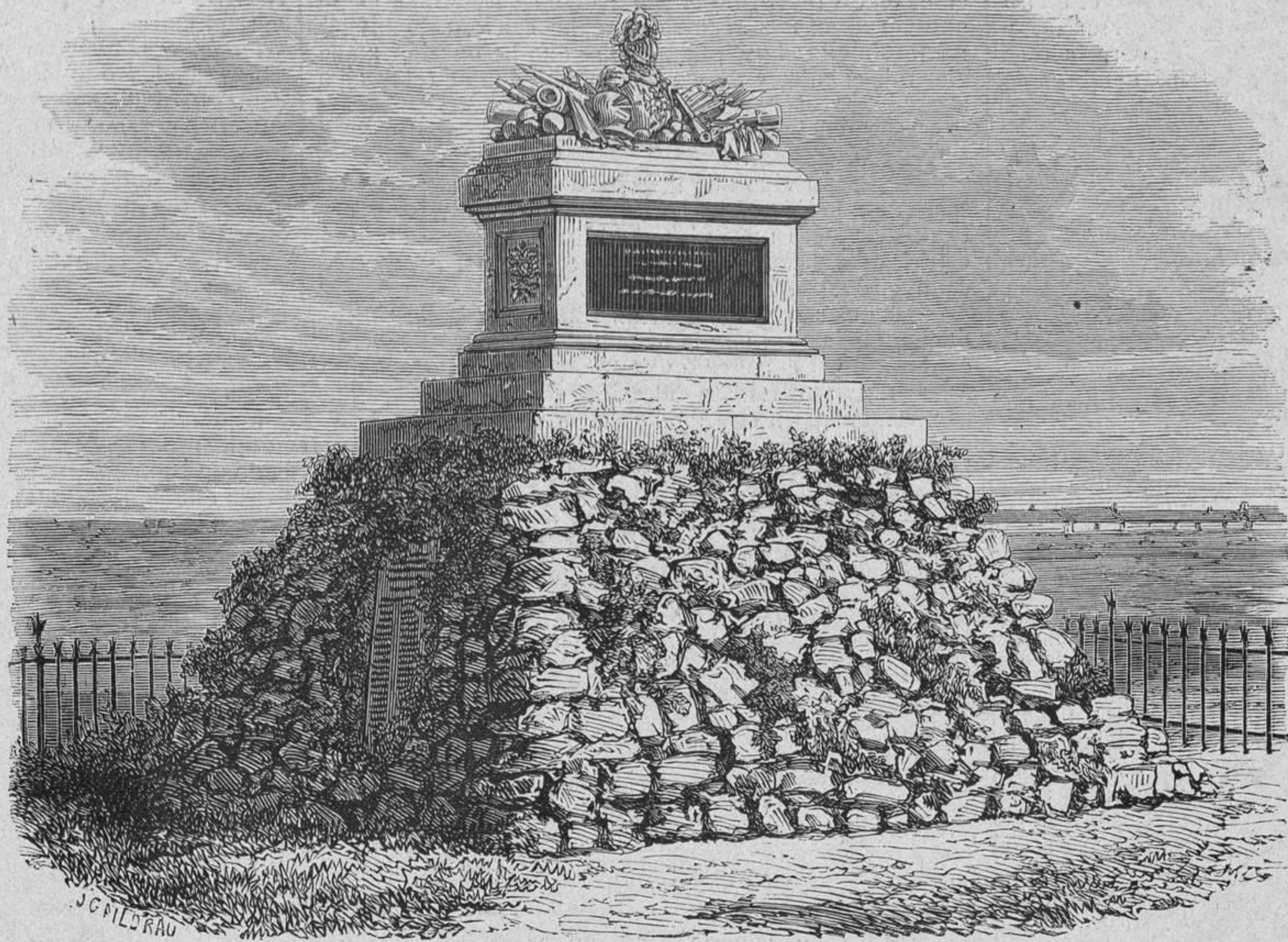
Damos un dibujo de este monumento cuya consagracion tuvo lugar con gran pompa el 13 de octubre último.

tes. El capellan Lohrer pronunció el discurso de inauguracion.

El monumento, que representa un sarcófago elevado sobre un montecillo artísticamente dispuesto y coronado de emblemas guerreros y de trofeos, se halla situado á un cuarto de legua de Tobitchau, en el punto donde fué

El príncipe arzobispo de Ollmutz anunció al comité de beneficencia de Mahren, que no podría dar la consagracion religiosa al monumento, porque este no tenia ningun emblema religioso.

Cuando el presidente del comité telegrafió la negativa del príncipe arzobispo á las autoridades militares competentes, estas enviaron tres capellanes de la guarnicion de Ollmutz para que cumplieran la ceremonia religiosa, que se efectuó con la mayor solemnidad á las diez de la mañana, en presencia de los edecanes, de los feld-mariscales Jablonski y Baltus, representantes del ministro de la Guerra y de los generales comandantes Henriquez y Weber, con otros oficiales superiores de la guarnicion de Ollmutz. La ciudad estaba representada por su gobernador en persona y el consejero Wesely, por los delegados de los pueblos inmediatos y por una compacta muchedumbre que habia acudido de Tobitchau y poblaciones adyacentes.



AUSTRIA. — Monumento fúnebre elevado en memoria de los austriacos muertos en 1866, en la batalla de Tobitchau (Moravia).



Los vinos de Burdeos. — Chateau-Lafite.

mas reñida la accion, y ha sido ejecutado por el escultor Adolfo Loos, de la ciudad de Brunn. En el sarcófago están la leyenda y las armas del reino, y sobre la roca hay un mármol donde están grabados los nombres de los oficiales y soldados muertos por la patria.

R. DE M.

Los vinos de Burdeos.

EL CHATEAU-LAFITE Y EL CHATEAU-MARGAUX.

En antiguos documentos, por ejemplo, en uno fechado en 1355, se habla de un Juan Lafite domiciliado en Pauillac, parroquia donde se halla en efecto, el famoso terruño de Lafite, que valió en Paris y en otras partes á su dueño el sobrenombre de *Príncipe de las viñas*.

Sin remontar al siglo XIV, y mucho menos á los siglos anteriores durante los cuales LAFITE estaba muy lejos de tener la celebridad que adquirió posteriormente, diremos que despues de haber pertenecido al presidente Segur, que contribuyó poderosamente á ponerle en moda, el *Chateau-Lafite*, era posesion de M. de Pichard cuando estalló la revolucion francesa. Desde 1821 el propietario titular es M. Samuel Scott, de Londres.

Yendo de Pauillac á Saint-Estephe, y antes de llegar al pantano que separa estos dos pueblos célebres, se distingue LAFITE á la izquierda del camino, con sus vastas dependencias, precedido de una magnífica alameda y rodeado de un parque que pasa, á justo título, por uno de los mejores del Medoc. El castillo está edificado sobre un inmenso terraplen que domina la comarca y desde el cual se disfruta de una magnífica vista. Son notables muchas de las partes de este edificio, que ofrecen el estilo del tiempo de Luis XIII.

Desde 1798, la posesion de LAFITE está administrada de padre en hijo por la familia Goudal. La capacidad total de esta propiedad es de 134 hectáreas, 74 de ellas de viñedos. Los gastos de la explotacion varian entre 80 y 100,000 francos y la cosecha es de 130 á 140 toneles de un vino que se paga siempre á precios muy crecidos. El tonel de *Lafite* de 1865 vale ya en el dia mas de 8,000 francos en la plaza de Burdeos.

El mariscal de Richelieu, Luis XV y la Pompadour tenian una gran predileccion por este famoso vino, que en la actualidad se aprecia tanto en el mundo entero, como se apreció antiguamente en la corte de Versalles.

CHATEAU-MARGAUX se encuentra situado á veinte y ocho kilómetros de Burdeos y á pocos minutos del lugar cuyo nombre lleva. En la época en que los ingleses eran dueños de Guienne, el castillo estaba rodeado de agua y de fuertes murallas y fué poseido por un rey de Inglaterra. Despues perteneció sucesivamente al señor de Montferriand, al señor de Durfost y á M. de Fumel. Bajo el reinado de Luis XIV el conde de Argicourt era propietario del CHATEAU-MARGAUX, y un dia que este señor se habia presentado en la corte con una casaca en la que resplandecia una magnífica botonadura, el rey le dijo:

— ¿Sois pues el hombre mas opulento de todo mi reino?

— Señor, respondió M. de Argicourt, llevo los diamantes de mi tierra.

Y en efecto, eran simples guijarros del Medoc, pero que son susceptibles de pulimento y que tallados con arte, rivalizan en brillo con los mas relucientes guijarros del Rhin. El rey y los cortesanos, felizmente inspirados, pidieron á porfia del vino famoso procedente de uvas que el sol maduraba á los reflejos de tan preciosas joyas, circunstancia que contribuyó á extender la fama del viñedo de MARGAUX.

Algun tiempo despues, en 1802, el marqués de la Colonilla compró esta incomparable posesion y en el palacio que ocupaba el antiguo castillo, mandó construir el palacio de columnas venecianas que se ve hoy y que es una de las mas suntuosas residencias del Medoc.

La posesion del CHATEAU-MARGAUX comprende unas 80 hectáreas, y el viñedo produce anualmente de 110 á 130 toneles de vino de una maravillosa finura. Las dependencias del palacio, que pertenecen al vizconde Aguado, son justamente célebres: parque de bueyes, habitaciones de los viñadores, bodega, etc., todo ofrece grandiosas proporciones.

Si de estas dos soberanías del Medoc se me pregunta cuál es superior á la otra, responderé: *Lafite* es la morena y *Margaux* la rubia; elegid á vuestro antojo.

C. DE L.

Debe y haber.

NOVELA ESCRITA EN ALEMAN

POR GUSTAVO FREITAG.

(Continuacion.)

Un vago sentimiento le decia á Antonio que estaria mejor en las entrañas de la tierra que en la superficie.

— Sí, dijo finalmente en el colmo de la desespera-

cion, teneis razon, he hecho mal en gastar mas de lo que permiten mis recursos, me he convencido plenamente de ello; hace algunos dias que he querido arreglar mis cuentas y me he apercebido de que estoy algo atrasado.

— A estas palabras el comerciante sonrió de una manera casi imperceptible...

— He reconocido que marchaba por una mala senda, solo que no sabia cómo detenerme en mi carrera y retroceder. Ahora no titubearé ni un momento, continuó contristado, y podreis juzgar si de hoy en adelante me conduciré de un modo razonable.

— ¿No es cierto que ha sido Fink quien os ha introducido en la reunion de madama de Baldereck? Yo lo creo así, dijo Schröter sonriendo, y á buen seguro que estará muy al corriente del origen de esas noticias que os atormentan en este momento.

— Permitidme que en vuestra presencia apele á su buena fe sobre este punto, y vereis cómo os dice que soy completamente extraño á todas esas habladurías, y que en mi conducta habrá podido notarse alguna ligereza, pero que no he faltado á lo que exige de mí el buen nombre que heredé de mis mayores. Fink es mi amigo, y sabe mi modo de proceder.

— No tengo ningun inconveniente, si esto puede tranquilizaros, dijo el comerciante haciendo llamar á Fink.

Al entrar, Fink vió con sorpresa á Antonio entregado á una violenta emocion, y le dijo, sin hacer gran caso de la presencia del jefe de la casa:

— Qué diantre, tú has llorado.

— Sí, á consecuencia de calumnias, dijo Schröter, de calumnias que atacan su probidad como hombre de negocios y el honor de su familia.

Y refirió en seguida con pocas palabras de qué se trataba.

Fink exclamó riendo:

— ¿Qué niño! ¿qué te importan las necias habladurías del mundo?

— No tiene el derecho de despreciarlas, porque ha dado motivo para ellas frecuentando las tertulias en las que vos le habeis presentado.

— Ante todas cosas, te ruego que atestigües, en presencia de M. Schröter, que no he tenido el menor conocimiento de todos esos cuentos; me conoces bastante para poder asegurar que yo no hubiera puesto los pies en casa madama de Baldereck, si hubiese podido creer que se inventarian respecto á mí semejantes historias.

— Antonio es enteramente inocente, dijo Fink con una bondad persuasiva, inocente y puro como la violeta que florece en los campos; si hay alguien que tenga alguna cosa que echarse en cara en esta ridícula historia, somos yo y los necios y tontos que han esparcido esos misteriosos rumores. Vamos, tranquilizate, amigo mio. Si este asunto te causa pesar, no te apures, muy pronto lo arreglaremos.

— Iré todavia otra vez á casa de madama de Baldereck para participarle que no puedo asistir mas á las lecciones de baile.

— Y yo tambien soy de la misma opinion, dijo M. Schröter; me parece que ese es el mejor partido.

— Temo que con eso no conseguirá gran cosa, observó Fink con mucha sangre fria.

— A lo menos habré cumplido con mi deber, repuso Antonio.

— Como quieras, dijo Fink; siempre habrás aprendido á bailar y á colocar el sombrero como corresponde.

Hacia medio dia, M. Schröter dijo á su hermana:

— Tienes razon; Wohlfart es inocente, y no sabia nada de la necia historia inventada por ese condenado Fink.

— Estaba segura de ello, exclamó Sabina hundiendo bruscamente la aguja en la labor. Si es posible. Trángote, impide cualquier nueva locura.

— Es necesario que arreglen ese negocio por sí mismos, contestó M. Schröter. Tengo curiosidad de ver cómo lo terminarán.

Antonio trabajó todo el dia como un hombre que procura distraerse, no dijo mas que las palabras precisas y luego subió á su cuarto para vestirse, como el que ha tomado una resolucion definitiva.

Fink le estuvo mirando todo el dia con cierta desconfianza, y se preguntaba á sí mismo: «¿Qué se propone hacer? Se conduce absolutamente como si se tratara de un primer desafío.»

Si hubiera podido leer en el corazon de Antonio, tal vez se hubiera conmovido al ver el dolor que devoraba á su pobre amigo. No era solo su orgullo mortificado, ni la vergüenza de aparecer como un aventurero y un intrigante lo que le atormentaba; estos dos sentimientos desaparecian ante un dolor mas intenso, el que le causaba el pensamiento de verse obligado á separarse de su adorada pareja.

Fink subió corriendo al cuarto de Antonio y ya le encontró vestido. A la vista del demudado rostro de su amigo, que parecia haber envejecido de algunos años, le tomó la mano y le preguntó: — ¿Estás incomodado conmigo?

— No estoy enfadado contigo ni con nadie, dijo Antonio conmovido. Escúchame. No quiero saber el origen de esas habladurías. ¿Es posible que tú te hayas burlado de mí y de todas esas gentes!

— De tí, te aseguro, amigo mio, que no, replicó Fink.

— Lo cierto es que tú tenias conocimiento de lo que

se decia de mí y todo me lo has ocultado, y en eso has obrado mal. Te lo repito, no te guardo ningun rencor y no volveré á hablarte jamás de este asunto.

— Escucha, dijo Fink, me parece que tomas todo esto con demasiado calor.

— Déjame hoy tan solo, continuó Antonio, obrar á mi manera.

— ¿Qué quieres hacer pues?

— No me preguntes, sé muy bien la obligacion que me he impuesto. Vamos, marchemos.

— Cumple pues con tu deber, dijo Fink afectuosamente; pero no eches en olvido que una escena ruidosa no hará mas que divertir á la concurrencia y con mucho mayor motivo que estarás sobreexcitado.

— Ten confianza en mí, dijo Antonio. Yo estaré tranquilo.

Habia gran reunion en los salones brillantemente iluminados. Las señoras iban vestidas como para un baile de confianza; todas las madres de familia y varios papás estaban reunidos. Debian ejecutarse por primera vez algunas danzas que habian sido estudiadas y ensayadas con gran cuidado. Cuando los dos amigos entraron en el salon que estaba muy concurrido, Fink miró á Antonio con inquietud, y observó algun trastorno en su fisonomía, pero que se adelantaba con notable energía. Antonio se separó de Fink, y se acercó en seguida á Leonor, con quien tenia ya comprometido el primer rigodon.

Leonor estaba esta noche muy seductora; llevaba su mas lindo vestido de baile, y sus grandes ojos estaban radiantes de placer; dió algunos pasos hácia su pareja, y le dijo en tono de amigable reproche:

— Habeis venido muy tarde; el baile va á principiar en seguida, y esperaba que podria hablar antes con vos un momento. Papá tambien ha venido. Voy á presentaros á él. Pero ¿qué os sucede? teneis esta noche un aspecto muy grave.

— Señorita, contestó inclinándose, estoy hoy muy triste; me es imposible tener el honor de bailar esta noche con vos.

— ¿Por qué? preguntó Leonor con extrañeza.

— Escuchadme, señorita; yo no permaneceré mucho tiempo en esta reunion, y hoy no he venido mas que para excusarme con vos y con la señora de la casa por verme obligado á retirarme.

— Pero señor Wohlfart... dijo Leonor juntando las manos.

— Aprecio en mucho mas la opinion que podais formar de mí que la de que pueda gozar en el ánimo de todos los demás, dijo Antonio ruborizándose; y por eso solo en vuestra presencia quiero justificarme ante todo.

— ¿Qué decis? no teneis que justificaros de nada; yo no os comprendo.

Pero Antonio refirió á Leonor, en pocas y ardientes palabras, lo que acababa de saber, por su principal aquel mismo dia, y añadió con viveza que todo lo ocurrido lo habia ignorado completamente.

— No tengo ninguna dificultad en creerlo, dijo Leonor con abandono; mi papá tambien me ha dicho que esto era sin duda algun cuento inventado por personas ociosas.

Al llegar aquí se detuvo recordando que su padre habia añadido: «M. Wohlfart puede ser un excelente joven, pero en la reunion ocupa un lugar que no le corresponde.»

— Y ahora que habeis tenido conocimiento de los chismes que se han inventado á vuestra costa, ¿quereis retiraros enteramente de nuestro círculo?

— Ciertamente que sí, dijo Antonio; porque si permanecia en él, me expondria á pasar por un intruso ó por un intrigante.

Leonor echó la cabeza hácia atrás y dijo: «Idos pues, caballero.»

Este era el mejor medio de impedir que Antonio se marchara; inmóvil delante de su amada, la miraba suplicante.

— ¿Por qué no os vais? preguntó Leonor mucho mas vivamente.

La palidez de Antonio fué en aumento, y en la fisonomía irritada de Leonor observó un dolor profundo; finalmente dijo con trémula voz:

— Decidme á lo menos, que no pensais mal de mí.

— Yo no pienso nada de vos, contestó Leonor con una frialdad significativa, y le volvió la espalda.

El pobre Antonio se quedó un instante como anonadado. Este fué un amargo dolor que destruyó su inextinguible corazon. Si hubiese tenido diez años mas, tal vez se hubiera explicado esta cólera mas favorablemente. El pensamiento de lo que le restaba que hacer le restituyó toda su energía. Recobrando su entereza, se adelantó con paso firme hácia el grupo en que se hallaba madama de Baldereck haciendo los honores de la casa. Allí se encontraba reunido lo mas escogido; la flor y nata de la buena sociedad. La condesa del cuerpo largo y delgado tomaba una taza de té, y conversaba con la madre de Eugenia; al lado de esta estaba de pié un caballero de imponente figura. Antonio, sin que nadie se lo dijera, adivinó que este era el padre de Leonor. En el momento de dirigirse á la señora de la casa y de ofrecerle sus respetos, su mirada recorrió todo el círculo de personas que le rodeaba.

Han trascurrido ya muchos años, pero lo que ocurrió en este momento ha quedado indeleblemente impreso en su imaginacion; hoy todavia podria decir de qué color era cada traje; indicaria de qué flores se componia el ramillete de la baronesa de Rothsattel, y hasta recuerda la figura pintada en la taza en que tomaba té la condesa. La señora de la casa acogió el saludo de

Wohlfart con una graciosa sonrisa, y se disponía á dirigirle alguna amable frase, cuando Antonio la interrumpió y se puso á hablar con voz conmovida, pero vibrante, que resonó en todo el salon. A sus primeras palabras sucedió un silencio general.

— Señora, he sabido que se dice en la poblacion que soy rico, que tengo haciendas en América, y que personajes de elevada alcurnia se interesan secretamente por mí. Declaro que todo eso es falso. Yo soy hijo del difunto registrador Wohlfart, de Ostran, que casi no me ha dejado otra herencia que un nombre puro y sin tacha. Debo esta declaracion á la memoria de mis respetables padres, tanto como á mí mismo, y la hago solemnemente á la faz del mundo. Habeis tenido la insigne bondad, señora, de acoger en vuestra casa á un joven desconocido, y de admitirme en vuestros *thés-dansants*. Despues de lo que acabo de saber, me veo obligado á renunciar al honor de tomar parte en estas reuniones y en vuestras encantadoras academias de baile, porque de lo contrario daria pábulo y fundamento á las mentiras que se han esparcido respecto á mi posicion, y podria acusárseme de ser un intrigante que pretende abusar de vuestra generosa hospitalidad. He venido pues á manifestaros mi profundo reconocimiento por las bondades que me habeis dispensado, y á rogaros que al retirarme me conserveis en vuestra gracia.

Este discurso era demasiado patético para las gentes á quienes se dirigia; sin embargo no dejó de causar efecto. Reinó en el salon, durante algunos minutos, un profundo silencio. La condesa se habia quedado como una estatua, con la taza levantada sin poder llegarla á sus labios. La señora de la casa, en el mayor embarazo, tenia la vista fija en el suelo.

Antonio hizo una profunda reverencia y se dirigió hácia la puerta del centro.

En este momento, una noble y bella figura que salió del grupo inmóvil, se precipitó hácia él. Tomó con sus dos manos las de Antonio. Este se miró en los llorosos ojos de Leonor, y oyó que con voz dulce y tierna le decia todavía otra vez: «¡Adios!» Despues, la puerta se cerró detrás de él; todo habia acabado.

Antonio regresó lentamente á su casa. Su alma respiraba calma y tranquilidad, como si no hubiese estado jamás en la casa de donde acababa de salir. Contemplaba los grandes copos de nieve que caian á sus piés, encontraba placer en mirar las huellas que los transeúntes habian dejado impresas sobre la nieve, y si sentia alguna afliccion estaba exenta de amargura. Llevaba la cabeza erguida y ocupaba su imaginacion con las infinitas visiones á que uno se entrega tan fácilmente paseándose cuando no le preocupa ninguna idea grave. Pensaba en sus padres, en las cartas que habia escrito aquella mañana, en su principal, y tambien en el perillan de Tinkels á quien Fink habia echado del escritorio nuevamente en el mismo dia. Pero en medio de todos estos pensamientos, resonaba siempre en su oído una voz melodiosa, la de Leonor, diciéndole: ¡Adios!

En cuanto Wohlfart se retiró del salon de madama de Baldereck, renació en él la animacion ordinaria. La primera voz que se oyó fue la de madama de Rothsattel que llamó á sí á su hija y la reprendió por haber representado tan extraño papel en la escena que acababa de tener lugar.

— Leonor, tú olvidas lo que debes á tu dignidad, dijo afligida la madre en voz baja.

— No la riñas, dijo el baron en voz alta, con su presencia de ánimo ordinaria; nuestra hija ha obrado como yo, que soy su padre, debiera haberlo hecho en su lugar. Ese joven se ha conducido admirablemente, y no podemos rehusarle nuestro aprecio.

En los demás grupos se levantó un murmullo general, preludio de una conversacion animada.

— A fe mia, dijo la señora de la casa con una sonrisa algo forzada, esta ha sido una verdadera escena dramática. Pero ¿qué nos ha dicho?

— Sí, ¿qué ha dicho? añadió M. Tœnnchen.

Todas las miradas se fijaron en Fink.

— Sin embargo, señor Fink, vos deciais... repuso madama de Baldereck levantándose majestuosamente.

— En efecto, exclamó M. de Zernitz, bajo mi palabra aseguro que hay algo de verdad en todo esto. Yo mismo he servido de testigo para la firma de una escritura otorgada ante escribano, continuó con aturdimiento. Explicaos pues, Fink.

— Y yo tambien estoy en el caso de pedir os una explicacion, señor de Fink, dijo la señora de la casa algun tanto picada.

— ¿A mí, señora? replicó Fink con la calma del hombre justo acusado de una falta. ¿Qué tengo que ver con lo que se dice? Yo he sido el primero que me he exaltado contra las habillitas en cuanto he podido...

— Sí, eso es verdad, afirmaron algunos de los concurrentes, pero dábais á entender...

— No obstante, deciais... añadió madama de Baldereck.

— ¿Qué, señora? preguntó Fink con una calma imperturbable.

— Deciais que entré M. Wohlfart y un emperador habia cierto lazo misterioso...

— Es posible, contestó Fink con la mayor seriedad. Esa es una mala inteligencia que deploro. Recuerdo haber hecho el retrato de mi amigo, á quien no conociais entonces, y es posible que con este motivo os haya

hablado de una notable semejanza, efecto sin duda de la casualidad.

— Pero ¿qué historia es esa de las posesiones en América? dijo Benno. Vos mismo sois el que le habeis cedido la propiedad, y esta venta iba acompañada de circunstancias extraordinarias, suplicándonos que guardáramos el mas inviolable secreto sobre todo este negocio.

— Puesto que me habeis guardado tan bien el secreto hablando de ello aquí delante de todo el mundo, contestó Fink riendo, vos y M. de Zernitz sois los que evidentemente habeis esparcido ese ridículo rumor. Escuchad, señores. Habiendo manifestado mi amigo Wohlfart un dia en un rato de buen humor su deseo de poseer alguna propiedad en América, me ocurrió la graciosa idea por Pascuas de hacerle mi regalo cediéndole unas tierras que yo poseia en Long-Island, cerca de Nueva York. Esta propiedad, señores, consiste, en un erial cubierto de malezas en el que hay una mala barraca de madera que sirve de refugio cuando se va á la caza de aves marinas. Si os he rogado que no hablárais de ello, creo que era muy natural; pero en lugar de callaros habeis dado á esta bagatela las proporciones de un gran negocio, que priva á nuestra sociedad de un joven encantador, recayendo sobre vosotros toda la responsabilidad de lo ocurrido, y confieso que lo siento infinito.

Una glacial ironia se pintó en su rostro cuando continuó en estos términos:

— Estoy encantado de ver cómo compartís conmigo este sentimiento, y que abrigais un profundo desprecio por esa vergonzosa bajeza que hace conceder á un hombre la entrada en algunos salones, solo porque tal ó cual potentado se interesa por él. Pero puesto que el baile de esta noche ha principiado mediando explicaciones, añadiré ahora que M. Antonio Wohlfart es el hijo verdadero y legítimo del difunto registrador de Ostran, y declaro que miraré de aquí en adelante cualquiera alusion con motivo de esta mala inteligencia como un insulto hecho á uno de mis mejores amigos. Y ahora despues de estas terminantes aclaraciones, os suplico de nuevo, señores, que me favorezcáis con vuestra benevolencia; comprometido como estoy con la señorita Eugenia para el primer rigodon, no me siento con fuerzas para esperar mas tiempo.

Durante un breve rato el amor propio herido y la ternura maternal sostuvieron un encarnizado combate en el corazon de madama de Baldereck. Sin embargo, como era de esperar de su bello carácter, este último sentimiento prevaleció sobre su contrario, y mirando á Fink con aire de reproche, le dijo con la mayor dulzura posible:

— Temo mucho que os hayais querido burlar de nosotros.

Pero Fink movió la cabeza y repuso con afectada afección:

— ¡Burlarme! nadie se burla de las personas á quienes ama.

Y al decir esto sacó á bailar á la señorita Eugenia.

Al pasar haciendo la figura por el lado del teniente de Zernitz, este le dijo:

— Nos habeis hecho instrumento de una burla, Fink, y siento mucho verme obligado á pedir os con este motivo una satisfaccion.

— Sed razonable y no me pidais nada. Hemos dirigido frecuentemente nuestros tiros á un mismo blanco y seria ridículo que hoy nos batiéramos el uno contra el otro.

Como Fink era, sin disputa, el mejor tirador de toda la sociedad, M. de Zernitz acabó por convencerse de que Fink tenia razon, y salvo alguna acritud, que al cabo de pocas semanas se ahogó una noche en una segunda botella de Borgoña, el negocio quedó en tal estado. Fink y Zernitz se reconciliaron, y nunca mas se habló sobre este particular.

Despues de la ausencia de Antonio, el interés que Fink habia manifestado por las reuniones de baile se enfrió singularmente. Ni Theone Lara ni Leonor tuvieron que temer sus alusiones, porque cuando se presentaba en el salon, se contentaba con ofrecer sus homenajes á los piés de la señorita de la casa y de algunas otras señoras que figuraban en primera línea, no acordándose mas de la turbulenta juventud.

Antonio, como una estrella que se eclipsa, habia desaparecido para siempre del círculo de baile. Jamás volvió á presentarse en los salones de madama de Baldereck.

Esta señora reconoció, aunque tarde, que debia invitar nuevamente á aquel joven que habia recibido en su casa, para manifestar á Wohlfart, así como á los demás, que no habia sido admitido solamente por razones que no se queria confesar, sino por sus circunstancias personales, y algunas otras familias nobles opinaban como madama de Baldereck.

Pero como las invitaciones no se le hicieron sino al cabo de algun tiempo, y Antonio rechazó sus tardías proposiciones, sucedió con él lo que con algunos grandes personajes, fué olvidado enteramente.

M. de Zernitz y M. de Tœnnchen, los flamantes testigos de la famosa escritura de cesion, le dirigieron la palabra alguna vez en la calle cuando le encontraban, luego le saludaron durante un año, y finalmente acabaron por hacerse los desconocidos.

A Antonio que se habia entregado con nuevo ardor al trabajo, le causó todo esto muy poco pesar. Al dia siguiente de su divorcio con el gran mundo, fué á llamar á la puerta del despacho de su principal. Entró en el santuario, refirió sin titubear á M. Schræter lo que habia dicho la noche anterior á madama de Baldereck, y añadió:

— No me presentaré mas en la sociedad, y os suplico que perdoneis mi negligencia de estos últimos tiempos, ofreciéndos un cambio radical en mi modo de vivir.

— No tengo ningun motivo de queja contra vos, dijo M. Schræter con aire risueño. Ahora decidme qué cantidad necesitais para pagar vuestras deudas.

Antonio sacó del bolsillo un papel que contenia la relacion de estas. M. Schræter llamó al cajero, hizo que satisficiera á Antonio la suma indicada en la relacion y la notó en su pasivo.

Por este lado todo quedaba arreglado.

Al dia siguiente, Fink dijo á Antonio:

— Tu retirada de casa de madama de Baldereck ha causado una sensacion extraordinaria. Personas de una edad respetable han proclamado en alta voz que te has conducido de una manera que nada deja que desear.

— ¿Quiénes son?

— Fink repitió los términos en que el baron de Rothsattel se habia expresado, y fingió no apercibirse de que Antonio se pusiera repetidamente colorado.

— No obstante, añadió Fink, creo que hubieras obrado con mayor cordura no llevando las cosas á este extremo. ¿Por qué ausentarte así de una sociedad, en la cual hay sin embargo alguna persona que te profesa algun afecto?

— He obrado, dijo Antonio, siguiendo las inspiraciones de mi corazon. Otro que hubiese tenido mas edad y mas conocimiento del mundo, puede que se habria conducido mas hábilmente. No te resientas por no haber seguido tus consejos en esta ocasion.

— A fe mia es muy curioso, dijo Fink bajando la escalera, observar las circunstancias en que diferentes hombres aprenden á obrar siguiendo los impulsos de su propia voluntad. Hé ahí un muchacho que se ha hecho hombre de la noche á la mañana; así es que sea cualquiera el porvenir que le está reservado, estoy seguro que no cejará y que se mantendrá siempre á la altura de su posicion.

Una cosa ocurrió honrosa para Antonio y su amigo, y es que sus relaciones no sufrieron ningun enfriamiento á causa de la desaparicion de aquel de la reunion de casa de la Baldereck, al contrario su intimidad fué mayor.

Desde este dia Fink demostró por Antonio grande estimacion, y este por su parte gozó de mayor libertad respecto á Fink, y se acostumbró á tener voluntad propia.

Poco á poco el sano juicio del mas joven ejerció alguna influencia y contribuyó mas de una vez para impedir que el de mayor edad hiciera alguna locura, llegando á conseguir que refrenara la fogosidad de su carácter.

Antonio llenaba sus deberes en el escritorio con la mas escrupulosa exactitud. Su celo no tenia límites, y las atenciones para con sus colegas eran mayores que nunca lo habian sido.

Merced al ejemplo de su amigo, Fink, sin apercibirse de ello, se habituó á asistir al escritorio con mas regularidad y á ser mas asiduo en el trabajo. En sus conversaciones con Antonio tuvo especial cuidado en no mentar jamás el nombre de una persona, aunque no ignoraba que su amigo la tenia siempre presente: esta era la joven que en el círculo habia mostrado tanta sensibilidad y valor.

IV.

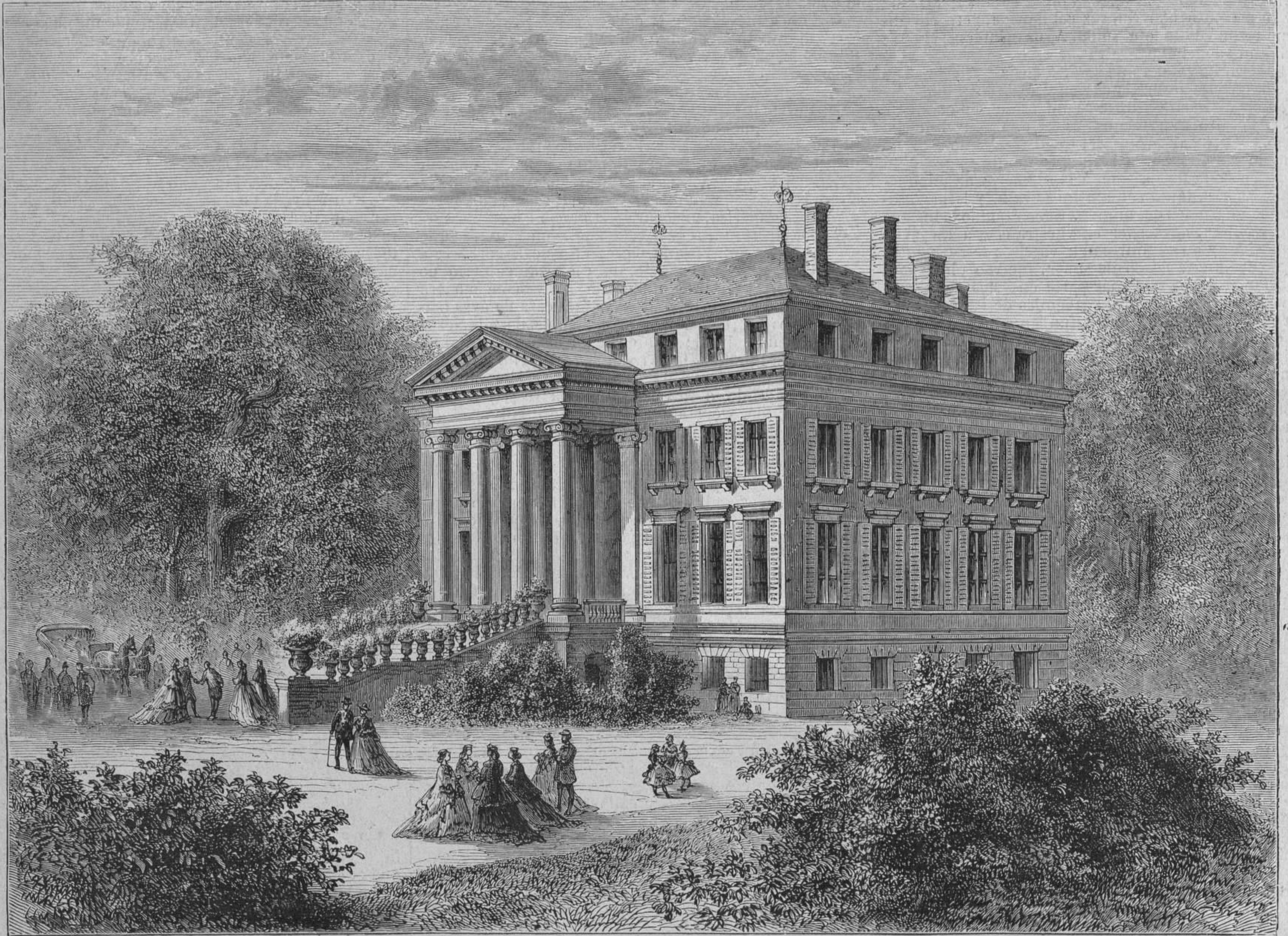
Nunca las flores habian sido tan abundantes, ni jamás los pajarillos habian cantado tan alegremente como este verano en el castillo del baron de Rothsattel. El invierno pasado en la ciudad relacionó á la familia con una gran parte de la nobleza de la provincia, y los conocidos del *thé-dansant* y del salon de baile se esparcian ahora bajo la azulada bóveda.

Así es que se vieron llegar sucesivamente, procedentes de la capital, á madama de Baldereck y á su hija, á quien iban á acompañar tambien algunas veces el primo de Eugenia, Zernitz y Tœnnchen; madama de Werner se fué tambien al campo con su hijo y sus cuatro hijas, Theone é Hildegarda pasaban semanas enteras al lado de Leonor. No habiendo hallado un medio para cumplir su juramento, nuestras dos antiguos inseparables molestaban á lo menos reunidas á una sola amiga.

Algunas veces, la casa parecia demasiado pequeña para dar asilo á tantos huéspedes. En todas las habitaciones del castillo y en la pradera se veian encantadoras jóvenes holgarse alegremente. Leian comedias en alta voz, distribuyéndose los papeles entre sí; sentian unas por otras las sensaciones mas tiernas y elevadas del amor á la vez delicado y noble, luego bailaban y jugaban á la *gallina ciega* ó á otros juegos tan vivos como divertidos.

Cuando los jóvenes empezaban á incomodarlas ó bien no sabian adivinar sus deseos ni prestarse á sus exigencias, se embarcaban en un bote, cogian los remos, y alejándose de la tierra iban á colocarse en una posicion inexpugnable en medio del estanque. ¡A qué dulces ensueños se entregaban, cuando el remo se balanceaba muellemente sobre el agua y la luna se aparecia por encima de los copudos árboles del parque!

Al rededor de la canoa los nenúfares levantaban sus blancas cabezas, felices por ver á los cisnes, sus rivales, entregados al descanso. La imagen de la luna se reflejaba temblorosa sobre el agua. En el bosquecillo vecino los ruiseñores hacian resonar sus trinos, y un agradable cefirillo esparcia por el estanque el embriagador perfume de las plantas odoríferas. Theone é Hildegarda



Los vinos de Burdeos. — Chateau-Margaux.

cantaban entonces algunos duos; Hulda Werner hacia la confesion de un agradable recuerdo que conservaba de la corte, ó bien Eugenia se burlaba de los desdichados jóvenes que, á orillas del estanque, corrian de un lado á otro y procuraban en vano por astucia ó por fuerza apoderarse de su barquichuelo.

Entre todos estos buenos ratos el mejor era sin disputa el domingo por la noche. Se continuaban entonces por turno las reuniones de invierno, en el castillo de Rothsattel, en casa de los Werner ó de los Baldereck. Cuando no se bailaba, se entregaban los jóvenes á toda clase de pasatiempos y distracciones.

Sirviéndose de los capotillos, de los chales y pañuelos, la juventud se vestia de la manera mas agradable, y Zernitz, como maestro consumado, organizaba en el momento un *tableau vivant* siendo los espectadores los papás y las mamás. Tambien se representaban charadas; eran estas unos sencillos grupos que se improvisaban, ó bien alguno recitaba su papel tomándolo de un librito que tenia en la mano durante la ejecucion.

Toda la semana las jóvenes estaban discutiendo logogrifos, inventando nuevas charadas y pensando en el modo de ejecutarlas. Se representaban palabras clásicas, como por ejemplo; *Referendarius*, es decir, *Reh* gacela, *fee* hada, *rennen* carrera, y *Darius* el rey Darío. En este cuadro, Benno Tönnchen representaba al rey muerto echado en el suelo, la bella Hulda Werner al gran Alejandro que estaba detrás torciéndose las manos; luego Leonor, reasumiendo en su persona toda la palabra, aparecia con lentes y unas alas debajo de los brazos, y disertaba sobre la rana verde (el primo Baldereck), que se habia hecho culpable de un atroz delito.

Lo mas notable que habia que ver era la representacion de la palabra *Parthenia*, nombre que se prestaba admirablemente á la charada.

Se veia primero una dichosa pareja de la antigüedad, en seguida un té enfadoso, luego un amante tímido que quiere cada dia hacer á su dama una declaracion amorosa, pero que no llega jamás á hacerla y se queda siempre cortado, de suerte que la dama aburrida al extremo, acaba por decir *nie, nie* (jamás, jamás); al fin otro la pide en casamiento, en cuyo caso una vergonzosa aldeana debe decir muy bajo un *ja* (sí) á su amante Otton Trouka.

Theone Lara estaba encantadora de aldeana, solo que el *ja* fatal no salió de sus labios, el pudor se lo impidió. Luego al fin se veia de nuevo á Leonor representando toda la palabra vestida de virgen griega; y el joven Baldereck, Tönnchen y el diminuto Lauzan de salvajes, llevando puestas unas fundas, de pescante de co-

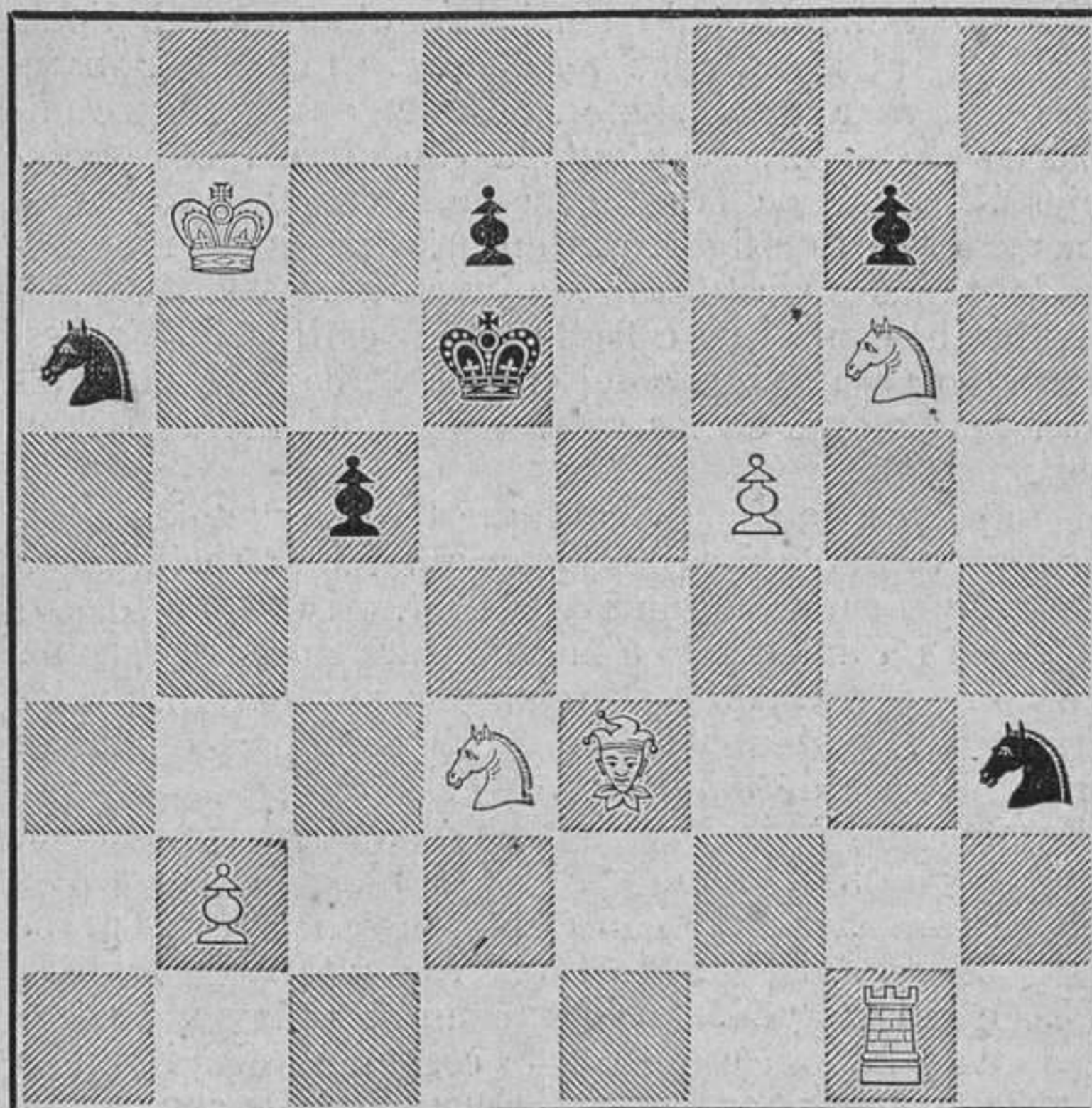
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 254.

- | | | | |
|---|----------|-------------|----------|
| 1 | C 6ª Rª | jaque | R 2ª R |
| 2 | C 5ª Rª | jaque | R 3ª R |
| 3 | T 8ª R | jaque | R 2ª Rª |
| 4 | C 6ª CRª | jaque | R 2ª ARª |
| 5 | T 8ª ARª | jaque-mate. | |

PROBLEMA NÚMERO 255, POR M. MEYER.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

Los Editores-Propietarios responsables:
X. DE LASSALLE Y MELAN.

Paris. — Tipografía de A. Marc, 22, rue de Verneuil.

ches, forradas de negro, siempre tratados con crueldad por esta altiva virgen.

¡Qué feliz era entonces Leonor! Siempre acompañaba á sus acciones cierta originalidad, y su madre movia frecuentemente la cabeza al comprender una idea atrevida ó al oír una exclamacion enérgica escapada de los labios de la joven.

(Se continuará.)

Descripcion del figurin

DE MODAS DE HOMBRE QUE ACOMPAÑA Á ESTE NÚMERO.

En la época del año en que nos hallamos aun no hay mas que proyectos en punto á novedades para trajes de hombres; sin embargo, lo que se cree generalmente es que se llevarán en cuanto entre la primavera, vestidos muy justos y muy cortos. Sobre esta base hemos compuesto nuestro figurin que ofrece los siguientes modelos:

En primer término, á la izquierda, hay un traje de día para calle, que se compone de una jaqueta color de castaña, corta de talle y corta de faldones, con carteras cuadradas en las caderas.

El chaleco se hace de tela de capricho, con preferencia á cuadros, y la forma es alta.

Pantalon de rayas azules y negras, medio ajustado.

El segundo personaje lleva otro vestido de calle, esta vez cubierto con un sobretodo de primavera gris.

Compónese este traje de un chaqueton corto y poco ancho, de paño azul, cerrado alto y muy ajustado por todas partes; de un chaleco de casimir color de gamuza, y un pantalon de rayas menudas, cortado estrecho y con banda en la costura.

En cuanto al sobretodo, no es muy largo y no se cierra ordinariamente.

La última figura tiene un traje compuesto de una levita cruzada, de un negro azulado, adornada con un galon de seda cosido llano al rededor.

El cuerpo es ajustado, los faldones cortos y de escaso vuelo, y las carteras que lleva en las caderas, arrancan del embebido de cintura.

Generalmente se lleva un chaleco igual, ribeteado como la levita, de forma alta y derecha y sin cuello.

Pantalon mezclilla gris, con bandas en las costuras exteriores.